

CAMINO SIN FIN

Clark Carrados

CIENCIA FICCION

CAMINO SIN FIN

Título Original: *Camino Sin Fin*

Colección: La Conquista Del Espacio 586
ISBN: 9788402025258
Generado con: QualityEbook v0.75

CAPÍTULO I

—Y con este chisme, podré volar a una velocidad jamás alcanzada antes por el ser humano: un segundo por día. O un día por segundo, como prefieras.

Kip Leavitt contempló entre escéptico y burlón el enorme aparato de forma ovoidal que permanecía descansando en el fondo del gran cobertizo, que lo ocultaba a las miradas de la gente. El constructor de aquel gigantesco huevo, que no medía menos de seis metros de diámetro en su sección menos gruesa por doce de largo, estaba a su lado y sonreía arrobado, hechizado por su propia obra.

—¿Y para qué quieres volar tan rápido, tío Albert? —preguntó Leavitt, mientras se ponía en los labios un cigarrillo de encendido automático.

—La ciencia, sobrino, el interés de la ciencia, eso lo explica todo —contestó Albert E. Barclay, hermano de la madre del primero—. ¿O no tienes tú interés en la ciencia cuando emprendes una de tus exploraciones?

—No lo dudo, pero, sin ánimo de ofenderte, yo siempre traigo algo de interés: arqueológico, antropológico, simplemente artístico… En cambio, a un huevo que vuela a razón de un día por segundo, no le encuentro utilidad alguna. Y no es cierto que sea la velocidad más grande alcanzada por el ser humano. Recuerda, hay naves que van a las estrellas y no son precisamente carretas de bueyes.

—Bueno, yo me refería a velocidades en el espacio planetario, no en el interestelar. Reconoce que recorrer todo un día en un segundo es una buena marca.

—¿Y cuánto «mide» un día? —preguntó Leavitt burlonamente—. ¿Un millón de kilómetros? ¿Veinte metros?

—No seas estúpido. En mi sistema particular de medida, la

«longitud» de un día es de, exactamente, cuarenta y seis mil trescientos trece kilómetros con cuatrocientos sesenta y siete metros.

Leavitt alzó la ceja. Era un hombre joven, de unos treinta y cuatro años, metro noventa, ochenta y cinco kilos de peso, pelo oscuro y hombros anchísimos.

—Si tuvieras la bondad de explicarte, tío… —solicitó, paciente.

—Verás, pienso volar en círculo, alrededor de la Tierra y a mil kilómetros de la superficie, con lo que eliminaré los riesgos de la fricción con la atmósfera. Acelerando gradualmente, en veinticuatro horas habré alcanzado la velocidad mencionada que, a la distancia citada, resulta un día entero, porque habré dado la vuelta completa al planeta en un segundo.

—Muy bien. ¿Y después?

—Depende de la cantidad de vueltas que dé. Y, sobre todo, del rumbo que siga.

—Alrededor del planeta es un rumbo fijo, me parece, tío Albert.

—Si vuelo sobre el Ecuador, en un plano perpendicular al eje que pasa por los Polos y hacia el Este, volaré «contra» el tiempo. Cada vuelta me hará adelantar un día. En trescientos sesenta y cinco segundos, es decir, poco más de seis minutos, habré adelantado un año.

Sorprendido, Leavitt se volvió hacia el constructor del aparato.

—Entonces, es un cronomóvil —exclamó.

Satisfecho, Barclay asintió.

—Celebro que lo hayas adivinado. Ahora, tú mismo puedes calcular la fecha a la que quieres volar, a razón de un segundo por día. Si quieres ir a mil años en el pasado, entonces tendrás que dar tantas vueltas como segundos tienen esos mil años.

—Demasiadas vueltas —refunfuñó el joven.

—Bueno, nadie es perfecto… Por eso te llamé, sobrino.

—¿Para hablarme de este chisme?

—Es que… verás, necesito un poco de dinero…

Barclay se miró las puntas de los pies.

—Siempre he sido un poco fantasioso… No he apreciado demasiado el valor del dinero y me he conformado con poco, pero este aparato es la ilusión de mi vida… De momento, claro, vuela sólo a un segundo por día, pero con el tiempo puedo conseguir una mayor velocidad…

—Mil años son trescientos sesenta y cinco mil segundos, porque son trescientos sesenta y cinco mil días —murmuró Leavitt pensativamente.

—Esas vueltas se pueden cubrir en cuatro días y menos de seis horas —dijo Barclay—. Imagínate, volver al pasado del siglo XIII en tan poco tiempo… Y si quieres dar más vueltas… Bueno, la nave está provista de todo, para que los tripulantes puedan vivir en ella algunos meses, si es necesario. Claro que en el primer vuelo iré yo solo…

—Pero te falta dinero, tío Albert.

—Unos cientos. De miles, sobrino —dijo Barclay, colorado hasta las orejas—. Tengo que pagar un montón de facturas, instalar un par de aparatos de alta precisión… Y ya he agotado mi crédito…

Barclay emitió un taco.

—A veces me pregunto qué clase de sentido del humor tenía mi padre, cuando me puso el nombre de Albert Einstein. Einstein fue un genio y yo no soy más que un ingeniero del montón…

—Si tu aparato funciona, estarás en la cima del montón —sonrió Leavitt—. Te daré ese dinero, pero será de mi peculio particular. Si tu hermana, mi madre, o su marido, mi padre, se enteran de que te he adelantado un solo centavo de la fortuna que administro durante su ausencia, pondrán el grito en el cielo.

—Sobrino, eres un ángel de ese mismo cielo que acabas de mencionar —exclamó Barclay alborozadamente—. Y, para que veas que no soy un tacaño, te concederé una participación en los beneficios, equivalente a la proporción del préstamo que me vas a hacer, con el gasto total que he tenido con el aparato.

—¿Es muy elevada la factura total?

—Casi seis millones. Pero necesito quinientos mil dólares en el acto. Por tanto, te corresponderá una doceava parte de los beneficios…

Leavitt extendió un cheque y se lo entregó al ingeniero.

—No se lo digas a tu hermana —sonrió.

—Descuida. Te veré en cuanto haya realizado la primera prueba. Creo que te gustará saber cuál es el resultado.

—Desde luego, siempre que ese resultado no sea una tortilla gigantesca con ese huevo… y tú en la yema, tío Albert.

—Funcionará, sobrino —gruñó Barclay, molesto por la burla.

—Eso espero. Ahora, deséame suerte, porque me marcho muy pronto de viaje.

—¿Otra expedición?

—Sí, a Zelhon XI, en busca de rastros de la civilización nativa que se extinguió, aproximadamente, hace setenta mil años terrestres.

—Te deseo toda la suerte del mundo, Kip.

—Sí, sobre todo si tenemos en cuenta una de las principales aficiones de los zelhonitas. Son unos entusiastas de la pierna de explorador a la brasa.

—Vuelve con las dos, sobrino.

Leavitt echó a andar hacia la salida del extenso jardín, en donde se hallaba el cobertizo. A los pocos pasos, se volvió y dirigió una mirada al artefacto.

—¿Para qué? —murmuró.

* * *

—En resumen, usted lo que quiere es que yo le consiga el aparato volador del ingeniero Barclay.

—Así es, señor Sparkles.

Doug Sparkles, alias «El Caimán», chupó un poco el puro que sostenía con los dientes. Luego miró a su interlocutor, alto, delgado, de rostro afilado y de elegante indumentaria. «Tiene pasta, el pájaro», pensó.

—Y, ¿puedo saber para qué quiere el aparato?

—Eso es cuenta mía, señor Sparkles.

—Entonces, búsquese a otro, señor Colony.

Matthew Aldington Colony dio un salto en su asiento.

—Me dijeron que usted…

—Nunca hago nada sin conocer los motivos del «cliente» —respondió «El Caimán» impertérrito—. Puedo asegurarle, sin embargo, que soy absolutamente discreto. Eso del secreto profesional no es cosa solamente de médicos y abogados, señor Colony.

El «cliente» vaciló un segundo.

—Está bien —se decidió al fin—. Con el aparato del ingeniero Barclay se puede viajar al pasado. Yo soy historiador y arqueólogo. Me interesan determinados aspectos de la historia del planeta y quiero comprobarlos por mí mismo, con mis propios ojos, sin tener que recurrir a libros o documentos que, en muchos casos, han sido deliberadamente falseados.

—Ah, un cronomóvil —murmuró Sparkles—. He oído hablar de esos chismes, pero no sabía que se hubiese construido ninguno.

—Barclay tiene uno…

—¿Cómo lo sabe usted?

—La profesión de detective privado sigue existiendo en el siglo

XXIII.

—Comprendo. Pero ese detective no le puede conseguir el chisme del ingeniero Barclay.

—Así es.

—Y usted confía en mí…

—Me lo recomendaron muy especialmente. Tengo entendido que, salvo el asesinato, usted presta toda clase de «servicios».

—Y cobro caro.

—Si consigue resultados, la factura resultará agradable de pagar.

—¿Tanto como dos millones?

Colony volvió a vacilar.

—De acuerdo —cedió nuevamente.

—La mitad por adelantado. Ahora mismo.

—Desde luego.

—Y… otra cosa. Su detective privado, ¿le hizo un informe escrito? ¿Incluso con fotografías?

—Sí, señor Sparkles. Lo he traído precisamente porque confiaba en llegar a un entendimiento con usted.

—Ha acertado —sonrió «El Caimán»—. Tendrá su cronomóvil, señor Colony.

CAPÍTULO II

—Y ésta es la situación —dijo cuatro días más tarde Sparkles a un selecto grupo de «colaboradores»—. El cacharro de Barclay es fácil de manejar relativamente, pero imposible de sacar de su emplazamiento.

—¿Por qué? —preguntó Ellie May Halfpound, alias «La Gorda», conspicua integrante de la banda, de ciento cinco kilos de peso.

—Está en un recinto protegido por radiaciones electromagnéticas, que no pueden desconectarse si no es por medio de una clave secreta que sólo conoce el ingeniero. Es decir, se puede entrar y salir fácilmente del recinto, pero no llevarse nada de lo que hay en su interior, siempre que sea metálico y pese más de cien gramos.

—Ese tipo tendrá un aeromóvil para sus desplazamientos, supongo —dijo Sam Flowers, médico de la banda.

—Sí, pero lo tiene fuera del recinto. Así no se molesta en conectar y desconectar el sistema de protección.

—Ese sistema es como una red invisible que evita el despegue del aparato —manifestó Rudy Morton, a quien apodaban «El Guapo» y no sin razón.

—Exactamente.

—Entonces, no lo, conseguiremos jamás —se lamentó Harry «Patapalo». Era auténtico; tenía una pata de madera, en sustitución de la auténtica, perdida en accidente muchos años antes.

—Sí, hay un procedimiento, y en seguida os lo explicaré. Pero, por supuesto, cuando el trasto esté en nuestro poder no se lo entregaremos a Colony.

—¿Por qué? —se sorprendió «La Gorda».

Sparkles hizo una mueca de desprecio.

—Colony quiere el aparato para investigar la historia. ¡Bah,

paparruchas de sabio distraído! ¡Con la cantidad de tesoros que hay en el pasado y quiere bucear en las tonterías que hicieron los humanos hace unos cuantos siglos!

Los ojos de *Doc* Sam Flowers chispearon.

—Tú quieres decir que, con el cronomóvil en nuestro poder, nos trasladaremos al pasado, asaltaremos un Banco…

—Los Bancos, no; la moneda ha cambiado con el curso de los años. A menos que sean de oro, que siempre tienen salida… pero en el siglo XX, por ejemplo, había miles y miles de joyerías…

—¡Los tesoros de Golconda! —exclamó «El Guapo», que había captado en el acto la idea de su jefe.

«El Caimán» les guiñó un ojo.

—Buena idea, ¿eh, chicos?

—Sí, pero, ¿cómo la pondrás en práctica? ¿Cómo conseguirás el cronomóvil? —preguntó «Patapalo».

En aquel momento, sonaron unos golpecitos en la puerta. Sparkles se levantó y abrió.

—Pasa, «Duquesa» —invitó.

* * *

La recién llegada era una joven muy alta, sumamente esbelta, de pelo intensamente negro, ojos verdes y modales sumamente refinados, causa del apodo que, evidentemente, era el apropiado. Jenny Parker vestía un traje de una sola pieza, de color verde muy oscuro, perfectamente ceñido a una figura sin tacha.

Morton le ofreció galantemente una copa, que ella tomó, sin dar señales de probar su contenido. Los ojos de la recién llegada escrutaron penetrantemente cada rostro de los allí congregados.

—Me dijeron que tenías algo importante que contarme, «Caimán» —habló Jenny al fin.

—Doscientos mil, «Duquesa» —contestó Sparkles.

—Esa cifra significa para ti un beneficio diez veces superior. ¿De qué se trata?

—Un pequeño chantaje, nena. Un par de fotografías con el «primo» y tendrás la «pasta».

—Iría yo, pero no «doy» en las fotografías —rio «La Gorda».

—¿Un chantaje, con una mujer desnuda, a estas alturas? ¿En el siglo XXIII? —exclamó Jenny—. ¿Os habéis vuelto locos?

—En determinados círculos, ciertas faltas de moral todavía tienen su condena —replicó Sparkles sin inmutarse—. Y, me parece, doscientos mil por un trabajo de media hora a lo sumo, no es mala soldada.

—Puede que acepte, pero primero quiero saber de qué se trata, «Caimán» —exigió la joven.

—Muy bien.

Sparkles le contó todo, excepto la utilidad que él pensaba dar al cronomóvil. Cuando Jenny supo que la víctima iba a ser el joven explorador del espacio, se sintió muy extrañada.

—¿Y por qué no directamente al tío? Él es el constructor del chisme, ¿verdad?

—Hay dos razones en contra de ese aspecto de la operación. Primero, el tío está locamente enamorado de la viuda Hornby-Gates, Elizabeth de nombre. Segundo, el explorador está prometido a la bella Hannelore von Krausing, heredera de las siderúrgicas del mismo nombre, familia cuya moral es tan estrecha como el cuello de una botella.

—Y mediante la presión ejercida sobre el sobrino, el tío cederá…

—El tío podría haberle pedido dinero a la viuda Hornby-Gates, a la que el dinero le rebosa por las orejas, pero es muy orgulloso y no ha querido hacerlo. En su lugar, se lo pidió al sobrino. Este, presionado por tus fotografías, le pedirá la clave a su tío. El resto ya es cosa nuestra.

Un fajo de billetes voló por los aires. Jenny lo atrapó al vuelo.

—Cien mil por adelantado. El resto, a cambio de las fotografías —añadió «El Caimán».

Jenny asintió.

—Está bien. ¿Algún plazo?

—Una semana, máximo. No podemos esperar más, «Duquesa».

Jenny guardó el dinero en el bolso que colgaba de su hombro.

—Tendrás las fotografías, «Caimán». Adiós a todos.

La joven salió. Morton suspiró.

—Es guapísima… pero tan frígida como un témpano de hielo.

—Eso mismo dijo la zorra: «Están verdes» —rio Ellie May cáusticamente.

Morton soltó un bufido. *Doc* Sam Flowers hizo una pregunta que flotaba en el ánimo de todos los congregados:

—¿Lo conseguirá, Doug?

—Sí —vaticinó «El Caimán»—. Conozco bien a la «Duquesa». Ha

conseguido cosas aún más difíciles que hacerse una fotografía con un explorador del espacio absolutamente estúpido.

* * *

Vestida con una blusa de amplísimo escote y una falda muy corta, Jenny entró en la astronave y lanzó un grito que resonó por el interior con fuertes ecos:

—¡Señor Leavitt!

Una voz le contestó desde la cubierta superior.

—¿Quién es?

—Jenny Parker, de la revista «La Bella y la Bestia». Deseo entrevistarle, por favor.

—Suba aquí, señora Parker. Primera escalera a la derecha. En estos momentos, no puedo abandonar mi trabajo.

Jenny encontró la escalera y trepó a la cubierta superior. Allí estaba la cámara de mando y había un hombre, con un mono manchado de grasa, ajustando algunos mecanismos.

—Hola —sonrió Leavitt—. Dispense que la reciba así…

—No tiene importancia —contestó Jenny—. Mejor, el reportaje resultará ahora mucho más natural.

Pendiente del hombro izquierdo, llevaba una caja rígida, forrada de piel, que dejó sobre una consola.

—Haré algunas fotografías, si no le importa —dijo.

—Claro. Muévase a su gusto, como si estuviera en su casa. Oiga, el nombre de la revista es un poco raro…

—Pero atractivo. Nuestro público es principalmente femenino, señor Leavitt. A la mujer siempre le atrae la fealdad en el hombre. Hasta cierto punto, claro.

La cámara empezó a funcionar.

—Es video también —explicó Jenny.

Tomó un par de placas. Luego preguntó:

—He oído decir que piensa hacer un viaje a Zelhon XI.

—Así es, señora…

—Señorita, por favor. Pero me sentiría más a gusto si me llamase Jenny.

—Mi nombre completo es Donald Antón, pero todos me llaman Kip. Usted también, Jenny.

—Gracias, Kip. Por favor, ¿le importaría ponerse a mi lado? La directora de la revista quiere un par de fotografías que nos muestren a los dos juntos.

—No hay inconveniente —accedió él.

Jenny situó la cámara en un trípode adecuado.

—¿Es muy interesante la vida en Zelhon XI?

—Muchísimo, Jenny. Por cierto, a todos los que viajan a aquel planeta les recomiendan una dieta a base de pasas y ron.

—¿Pasas y ron? —se sorprendió ella. Pulsó la tecla del disparador automático de la cámara y se acercó al joven—. Póngase a mi lado, Kip… Así, con un brazo sobre mis hombros… Quedará más familiar. Usted ya sabe, las lectoras…

—Naturalmente —sonrió él.

Entonces, con rápido gesto y sin utilizar más que la mano izquierda, Jenny dio un tirón a la serie de broches automáticos que sujetaban la blusa y la falda y, en un segundo, quedó completamente desnuda.

La cámara seguía funcionando. Jenny giró un poco a su derecha y se colgó del cuello del aturdido Leavitt, besándolo fuertemente. Al cabo de unos momentos, se soltó de él y empezó a vestirse.

—Muchas gracias —dijo—. Resultará un reportaje excepcional.

Leavitt frunció el ceño.

—Jenny, ¿por qué ha hecho eso? —preguntó.

—A usted no le gustaría que su prometida recibiese una copia de estas fotografías, ¿verdad?

—Creo que comprendo —murmuró el joven—. Un chantaje, ¿no?

—Diciéndolo crudamente, así es, Kip.

El índice de Leavitt se apoyó en determinada tecla del cuadro de mandos.

—¿Cuál es el objetivo del chantaje, Jenny?

—La clave de seguridad del cronomóvil de su tío. Usted es el único que puede conseguirla, Kip.

Jenny recogió la cámara y se atusó el pelo. Al mirar Leavitt, le vio que sonreía de un modo especial.

—A Hannelore von Krausing no le gustaría verle en compañía de una joven completamente desnuda, me imagino —añadió.

—A Hannelore ya no le importa lo que pueda sucederme con otras mujeres. Ayer mismo rompimos el compromiso.

Jenny se puso pálida.

—No es cierto…

—Es rigurosamente verídico. Y, aunque no lo fuese, por nada del mundo traicionaría a mi tío, Jenny, así que ha perdido el tiempo. Y el que la envió aquí, también. En resumen, han fracasado.

La joven empezó a sospechar que «El Caimán» no estaba tan bien informado como había dado a entender.

—¿Por qué han roto el compromiso? —preguntó con voz que casi no oía ni ella misma.

—Incompatibilidad de caracteres.

—Y yo… ¿qué hago ahora? —se lamentó Jenny.

—Acompañarme, claro.

—¿Acompañarle? ¿Se ha vuelto loco?

—Jenny, eres una chica preciosa y te mereces un pequeño castigo por haber intentado jugarme una mala pasada. ¿Sabes por qué te dije antes lo del régimen de pasas y ron?

—No… no tengo idea…

—Las pasas y el ron dan un gusto exquisito a la carne. A los nativos de Zelhon XI les gusta mucho la carne de explorador, no importa cuál sea su sexo.

—Será verdad, pero nosotros… yo, al menos, no voy a Zelhon XI.

—Vuelves a equivocarte. Hace ya dos minutos que hemos despegado y estamos a varios miles de kilómetros de la Tierra.

Jenny lanzó un chillido y corrió hacia el ventanal más próximo. Desde allí, pudo apreciar la imagen del globo azulado que se alejaba con creciente velocidad.

—Oh, no… —sollozó.

—Estas máquinas modernas son una maravilla. Los anuladores de aceleración obran prodigios… —Leavitt se interrumpió de pronto, a la vez que hacía un gesto de pesar—. Pobrecilla, no ha podido soportarlo…

Jenny estaba en el suelo sin conocimiento. Se acercó a ella y, levantándola sin dificultad, la condujo a uno de los camarotes de la nave, acostándola en una litera. Después, la cubrió con una manta y se marchó, dejando que la naturaleza actuase por sí misma.

* * *

Estaba en el salón-comedor de la nave, cuando apareció Jenny, todavía muy pálida. Leavitt se había aseado y cambiado de ropa, y sonrió al

verla, a la vez que le indicaba una silla.

—Siéntate y tomarás café conmigo —dijo.

—Las piernas no me sostienen…

—Me lo imagino. Jenny, tienes que contarme muchas cosas.

—Sí, Kip.

—Una chica tan preciosa… ¿Por qué te dedicas a esto?

—Se gana dinero —contestó ella.

—Hay muchas formas de ganar dinero, Jenny.

—Lo sé, pero ésta es más cómoda y productiva.

—E inmoral.

Ella se encogió de hombros.

—Como puedes comprender, no se lo hago a un pobre —repuso.

—No me vengas ahora con discursos más o menos sociales. Sacar dinero por métodos ilegales es siempre inmoral, incluso si la víctima se lo merece. De acuerdo, hay leyes y no siempre son perfectas, pero no se puede ir por el mundo aplicando la justicia por propia mano.

Le entregó una taza llena y añadió:

—Sobre todo, cuando esa justicia se aplica en beneficio propio.

—Son puntos de vista, Kip.

—Sí, radicalmente distintos. Pero no vamos a discutir más por ello. ¿Para qué quieren tus amigos el trasto de mi tío?

—Parece que tratan de viajar al pasado, para saquear… Bueno, si roban una joyería en el siglo XX, nadie podrá acusarles de haber cometido un delito en éste.

—No está mal pensado. Se me debería haber ocurrido a mí y, entonces, habría viajado a unos veintisiete años en el pasado.

—¿Para qué tan cerca en el tiempo?

—Entonces, habría conquistado a tu madre, no habría conocido a tu padre y tú no habrías nacido.

Jenny se quedó sin habla.

—¿E… es posible que suceda una cosa así?

—Posible, ciertamente. Probable, ya no puedo asegurarlo.

—Pero eso puede provocar grandes catástrofes…

—No está en nuestras manos evitarlo. Además, tío Albert es una persona muy sensata. Y está enamorado de cierta viuda, que le trae por la calle de la amargura.

—Yo me refería a otras clases de intervenciones en gentes del pasado, Kip.

—Sí, lo supongo, pero no ocurrirá nada, no temas.
—Si tú lo dices… Oye, ¿es cierto que los zelhonitas son caníbales?
—Rigurosamente cierto.
Entonces, Jenny hizo algo inesperado: se santiguó. Luego exclamó:
—¡Que Dios se apiade de nosotros!

CAPÍTULO III

La escotilla de la nave se abrió y Jenny saltó al suelo. Ahora tenía el rostro moreno y, sin haber perdido un ápice de su esbeltez, poseía una fortaleza de la que había carecido hasta entonces.

—Adiós, Kip. Fue un viaje realmente delicioso.

—Eso mismo opino yo —sonrió el joven.

—Y los zelhonitas no son caníbales.

—Nuestros amigos nos respetaron. Pero no se podría decir lo mismo de otros que fuesen allí con distintos procedimientos.

—Tú supiste conquistarlos…

—Diplomacia, simplemente.

—Y te has traído un montón de objetos de valor, que constituyen una fortuna incalculable.

—Su valor estriba en el arte y no en los materiales de que están hechos. Pero tú tampoco puedes quejarte, «Duquesa».

Jenny bajó la vista hacia el pesado medallón que descansaba entre sus senos, cuyo principal adorno era una esmeralda casi tan grande como su propio puño. La cadena era de dos clases de eslabones, alternados entre sí: de oro y de jade purísimo. Pero el principal valor estaba, como decía Leavitt, en el arte mismo de la joya.

—No puedo quejarme, en efecto. Ha sido una aventura apasionante. La recordaré mientras viva, Kip.

—Deseo que vivas mil años, Jenny.

Ella sonrió y le tiró un beso con la mano.

—Otra vez adiós —se despidió definitivamente.

Al salir del astropuerto, alquiló un aerotaxi. Una hora más tarde, estaba en su antiguo apartamento.

Se preguntó qué habría ocurrido con la banda de «El Caimán»

durante los seis meses que había durado su ausencia. Ya no tenía importancia lo que hubieran podido hacer. Además del medallón, tenía algunas otras joyas de poco o nulo valor artístico, pero sí económico. Las vendería y tendría para una larga temporada sin agobios.

Fue al baño. Cuando salía, oyó ruido en la puerta.

Corrió hacia la sala. Sparkles la miró aviesamente.

—Al fin has vuelto —dijo.

Jenny creyó que se le suspendía la respiración.

—¿Qué haces en mi casa, «Caimán»?

—Alguien te vio en el astropuerto y me avisó, de modo que vine en cuanto me fue posible. ¿Qué tal el viaje con el explorador?

—No estuvo mal. Pero no tengo ganas de seguir hablando contigo…

—«Duquesa», hicimos un pacto y te di cien mil «pavos». No me gusta que me traicionen, ¿comprendes?

—¿Qué quieres decir con eso, Doug?

—Muy sencillo. Por los motivos que sean, el ingeniero Barclay no ha conseguido que su chisme llegue a volar. Pero ahora sabemos que ya lo tiene a punto. Por tanto, en lugar de apretar las clavijas al sobrino, lo haremos con el tío. ¿Has comprendido?

—Te equivocas conmigo, «Caimán». Ya no quiero más tratos con vosotros. Mañana mismo iré al Banco y sacaré dinero para devolverte el adelanto que me hiciste. A menos que prefieras un cheque…

—Lo que prefiero de ti no es dinero, «Duquesa».

Sparkles avanzó hacia la joven y la agarró por un brazo.

—¡Vamos, en marcha!

Los ojos de Jenny chispearon de furia. Apretó los labios.

Había pasado seis meses en condiciones, a veces, extremadamente difíciles. Sus músculos se habían desarrollado y había corrido aventuras de las que un tipo como Sparkles no tenía la menor idea. No siempre la «diplomacia» de Leavitt había dado sus frutos y en alguna ocasión habían tenido que luchar fieramente para salvar sus vidas.

Bruscamente, golpeó el antebrazo de Sparkles con el filo de su mano. «El Caimán» lanzó un aullido y retrocedió, tambaleándose.

Jenny atacó de nuevo, con el antebrazo, que proyectó contra el mentón del sujeto. Sparkles cayó de espaldas, más sorprendido que aturdido, por una reacción que no esperaba siquiera.

Pero era hombre que no desistía fácilmente. Bruscamente, sacó una pistola y apuntó con ella a la joven.

—Puedo matarte —dijo rabiosamente—. Y lo haré, si no me obedeces, ¿has entendido?

Rabioso todavía, se puso en pie. Agitó el arma.

—Esto mata —añadió—. Es un chisme muy antiguo, pero todavía eficaz. Las balas de plomo siguen siendo mortíferas aun en pleno siglo XXIII, de modo que, si sabes lo que te conviene, harás lo que se te mande. ¡Y sin chistar!

Dio un paso lateral y señaló la puerta:

—¡Andando! —rugió.

* * *

Silbando alegremente, Leavitt llegó a la puerta del jardín, la abrió y caminó hacia el cobertizo que se alzaba a unos cincuenta pasos de la entrada. «¿En qué siglo estará ahora tío Albert?», se preguntó.

Llegó a la puerta del cobertizo y la abrió. El recinto estaba desierto, pero el cronomóvil brillaba en la penumbra.

—Pues no, todavía está aquí —murmuró.

Salió fuera y lanzó un agudo grito:

—¡Eh, tío Albert!

La casa aparecía silenciosa, con las ventanas cerradas. Leavitt frunció el ceño y avanzó hacia la puerta, que aporreó con los puños.

—Por todos los diablos, ¿dónde se habrá metido este chiflado? —exclamó, lleno de enojo.

Miró a derecha e izquierda y acabó por agarrar una piedra, con la que rompió los cristales de la ventana más próxima. Abierto así el paso, entró en la casa y volvió a llamar al ingeniero.

De pronto, vio algo que le hizo sonreír.

Encima de una consola, en marco de plata, había una fotografía de una pareja, hombre y mujer. Ella vestía un clásico traje blanco.

—Bueno, por fin «cazó» a la viuda —dijo.

Consultó el reloj calendario. Era sábado, lo que le hizo deducir que los señores Barclay estarían pasando el fin de semana en alguna parte.

Los vería el lunes próximo, aunque, se extrañó, el cronomóvil seguía en su sitio. De pronto, oyó el ruido de una llave en la puerta.

Un hombre entró y le miró con sorpresa.

—¿Qué hace usted aquí? —exclamó.

—Soy Kip Leavitt, sobrino del ingeniero Barclay…

—¡El explorador!

—En efecto. Parece que me conoce usted, amigo.

—Su tío me ha hablado muchísimo de usted. Se casó con la señora Hornby-Gates, ¿lo sabía?

Leavitt señaló el retrato.

—Acabo de enterarme. Pero, ¿quién es usted?

—Tom Beuring. Su tío me contrató hace algunos meses. Soy hiperdoctor en Alta Mecánica…

—¡Tan joven! —se asombró Leavitt.

Beuring sonrió con aire de modestia.

—Tengo ya veintisiete años, señor —contestó.

—A pesar de todo, es todo un «récord». Pero le felicito, amigo Tom. De modo que mi tío se casó por fin…

—Vendrán el lunes. Yo me he quedado al cuidado de todo esto. El cronomóvil está ya listo, ¿sabe?

—Tenía defectos, ¿eh?

—Sí, aunque conseguí localizarlos…

—¿Le importaría enseñarme su funcionamiento?

—Oh, con muchísimo gusto. Sígame, por favor, señor Leavitt.

—Tom, llámeme Kip, por favor.

—Claro, Kip.

Salieron de la casa. Beuring siguió hablando.

—En síntesis, el cronomóvil funciona de la misma forma que una astronave, con sus motores antigravedad y demás. Se le puede estabilizar en una órbita a determinada distancia de la Tierra, como si fuese una nave corriente y acelerar o decelerar a conveniencia del piloto. La única diferencia estriba en determinados instrumentos de control, que marcan las fracciones de tiempo comúnmente utilizadas, esto es, años, días, horas, minutos y segundos. Pero el indicador es de muy fácil lectura y no permite errores.

—Estupendo —dijo el joven—. Y dice que ya ha conseguido eliminar todos los defectos.

—Sí —Beuring enseñó algo que acababa de sacar del bolsillo—. Precisamente falta insertar esta pieza en el sitio correspondiente, para que el cronomóvil quede en estado de funcionar a la perfección.

—Sin miedo a fallos.

—Con la misma seguridad que usted emplea sus pies para caminar.

—Maravilloso. Ya tengo ganas de presenciar una prueba…

Entraron en el cobertizo. Beuring accionó el mando que abría la escotilla y pasó el primero al interior. Leavitt apreció que no era muy distinto del de su propia astronave, si bien el espacio estaba mucho mejor aprovechado. Sin embargo, no se sentían demasiados agobios y no se apreciaba tampoco sensación de claustrofobia.

—Allí está la cámara de mando —dijo Beuring—. Y aquí, mire el camarote…

Abrió otra puerta. Leavitt dio un paso hacia adelante.

De pronto, se notó empujado con violencia. Antes de que pudiera recuperar el equilibrio, oyó que la puerta se cerraba a sus espaldas.

—¡Tom! —gritó.

A través de un altoparlante, se oyó una burlona carcajada.

—He sabido engañarle bien, ¿verdad? —dijo Beuring.

* * *

Leavitt apretó los puños, mientras trataba de conservar la calma. La puerta era metálica y, si Beuring había cerrado por fuera, no tenía ninguna posibilidad de escapar.

—Tom, ¿por qué diablos ha hecho esto? —gritó, sabiendo que el otro le escucharía a través del sistema interno de comunicaciones.

—Verá, Kip. Hace tiempo que lo venía planeando, pero no podía hacer nada mientras su tío no hubiese encontrado los fallos. Con mi ayuda, claro. Es cierto que me contrató como ayudante, aunque, lógicamente, desconocía entonces mis intenciones.

—¿Y bien?

—Me fascina la historia antigua… pero más me atraen ciertos objetos que se pueden obtener sin riesgo. Oro y piedras preciosas, por ejemplo. Estoy harto de ser un científico mediocremente pagado y de valía nunca reconocida. Al menos, si consigo una fortuna, podré dedicarme a la buena vida… ¡y al diablo con la Alta Mecánica!

—Magnífico, Tom. ¿Qué más?

—Bueno, ahora retrocederé un par de miles de años. Puede que le abandone en una Judea entregada a la lucha contra el romano… o quizá acabe sacando mineral de cobre en una mina de Tarsis, hoy Cádiz. No me llevará mucho tiempo, ¿sabe?

—¿Cuánto, por favor?

—Oh, a segundo por día… dos mil años son setecientos treinta mil segundos… ocho días y medio, en cifras redondas. Y yo me volveré

luego a un siglo cómodo, el XX, por ejemplo.

—Olvida un detalle esencial, Tom.

—Dígamelo, por favor, Kip.

—El cronomóvil no puede moverse. Está sujeto por una red invisible electromagnética, cuya clave conoce solamente mi tío.

—Lo sé, Kip, lo sé; y su tío no ha confiado nunca lo suficiente en mí, para comunicarme esa clave. Pero cometió dos errores.

—¿De veras?

—Primero, enamorarse. Está realmente chiflado por la bella Elizabeth Hornby-Gates, actualmente Barclay, aunque es preciso alabarle el buen gusto. Por eso se fue a pasar el fin de semana fuera, dejando el cronomóvil en estado de funcionamiento.

—¿Y el segundo error?

—No hay clave que no sea descifrada un día u otro. Ese aparatito que le enseñé antes no es la última pieza que falta, sino un descodificador que yo mismo he construido y que me permitirá despegar sin inconvenientes. ¿Satisfecho, Kip?

—Hombre, ¿espera que le diga que sí?

Leavitt oyó una burlona carcajada, que se interrumpió repentinamente por el estruendo de un disparo. La risa de Beuring se convirtió en un corto grito de dolor, al que siguió el inconfundible ruido de la caída de un cuerpo al suelo.

El joven contuvo el aliento. Alguien había usado una anticuada pistola de combustión química. ¿Quién había disparado contra Beuring?

Transcurrieron algunos segundos interminables. La puerta se abrió repentinamente y dos figuras aparecieron ante los atónitos ojos de Leavitt.

Conocía a uno de los dos recién llegados. Al otro no le habla visto en su vida.

—¡Jenny! —exclamó, pasmado de ver a la muchacha encañonada por la pistola que sostenía el desconocido situado a su lado.

CAPÍTULO IV

Había lágrimas en los bellos ojos de Jenny y también furia y rabia impotentes por la situación en que se hallaba. A pocos pasos de la pareja, se divisaba el inerte cuerpo del traidor ayudante, atravesado por un balazo, sin duda salido de la pistola que empuñaba el acompañante de Jenny.

Más personas entraron en la nave. Leavitt procuró recobrar la serenidad.

—Jenny, ¿puedes explicarme qué significa esto? —preguntó.

—Se llama Doug Sparkles…

—Otros me llaman «Caimán». Cuando hago una presa, ya no la suelto —rio Sparkles—. Pero si le interesa saber más detalles, le diré que ahora nos hemos apoderado de esta preciosa nave.

—No les pertenece. Es del ingeniero Barclay…

—Sabemos perfectamente de quién «era». Ahora «es» nuestra —recalcó Sparkles.

—Por derecho de conquista —gritó Ellie May desde la escotilla.

Morton se atusó un inexistente bigote.

—El más sólido derecho de propiedad que ha inventado jamás el hombre —declaró con aire doctoral.

—Y todo lo que hay dentro de la nave nos pertenece, incluyéndoles a usted y a Jenny, pero, lógicamente, exceptuando ese fiambre —dijo «Patapalo».

—Amén —remató Doc Flowers.

Sparkles sonrió.

—Ya ha oído las opiniones de mis subordinados y también colegas, señor Leavitt —dijo—. Y ahora, si no le importa, pasaremos al salón, en donde le enteraremos de nuestros propósitos y de la colaboración que

esperamos de usted, colaboración que no dudo se producirá con el máximo interés y una total sinceridad.

Leavitt miró sucesivamente a Sparkles y a Jenny. ¿Le engañaba la muchacha y fingía haber sido capturada por aquella colección de piratas del siglo XXIII?

—Por favor —dijo Sparkles, a la vez que hacía un amplio ademán con la mano que empuñaba la pistola.

Apretando los dientes, Leavitt echó a andar. Sparkles le hizo sentar en la cabecera de la mesa que había en el salón. Jenny lo hizo a su lado. Ellie May y «Patapalo» se sentaron también. Los demás permanecieron en pie.

Sparkles se apoyó con las manos en la mesa y miró al joven con expresión de triunfo.

—Para su conocimiento, Kip Leavitt, le diré que escuchamos todo lo que le dijo el estúpido de Beuring, así que no nos venga luego con historias de que no sabe manejar este cacharro, porque no le creeremos. Estamos dispuestos a usarlo y nuestra decisión es irrevocable, pero, por si tiene la intención de engañarnos o de jugarnos una mala pasada, le haré reparar en la preciosa existencia de Jenny Parker. Ella es nuestra garantía de que usted cumplirá fielmente con la parte del trabajo que le hemos encomendado. ¿Está claro?

—Sólo hasta cierto punto —respondió el joven—. ¿Qué es lo que pretenden ustedes?

—Hace algún tiempo, un sujeto vino a verme, a fin de conseguir mi colaboración para que le «birlase» este trasto a su tío. Estábamos muy bien informados de la vida del ingeniero Barclay, así que pensamos que el ataque debería ser realizado por el flanco. Buscamos a la «Duquesa», especialista en esta clase de trabajos, y ella aceptó por doscientos mil dólares, cien mil de los cuales percibió por adelantado. Pero en lugar de conseguirnos la nave, se largó con usted y ha estado seis meses en el espacio.

—Ella cumplió su parte. Sólo que, seguramente por un defecto de información, solamente achacable a usted, no sabía que yo me disponía zarpar para Zelhon XI. Interpretó el numerito de las fotos atrevidas, pero, cuando se dio cuenta, estaba viajando conmigo hacia aquel planeta.

—Te lo dije, «Caimán» —exclamó Jenny—. Kip acaba de corroborar mi relato.

—Puede que sea cierto; incluso me siento inclinado a creerte —

contestó Sparkles—. Pero hemos estado aguardando medio año y, ahora que se nos presenta la oportunidad, no vamos a dejarla escapar. Kip, queremos que nos lleve al pasado, a una época situada a trescientos años de la actual. Le aseguro que no les haremos ningún daño a usted y a Jenny salvo que nos obliguen a ello.

—¿Qué es lo que pretenden? —inquirió Leavitt.

—Vaciar algunas joyerías —respondió la muchacha.

—No está mal pensado. En este siglo, no podrán perseguirles los policías del siglo XX.

—¡Qué listo es usted! —rio «El Caimán».

—¿Y si me negase a pilotar la nave?

La pistola de Sparkles apuntó a la muchacha.

—De momento, le rompería un brazo de un tiro. Usted no querrá que le suceda nada a esa joven tan preciosa, de la que, si no me engaño, está enamorado locamente. Sobre todo, después de seis meses juntos por… bueno, por donde sea

—No estoy enamorado de Jenny ni ella lo está de mí —dijo Leavitt secamente—. Sólo somos buenos amigos…

—Vamos, Kip, vamos —intervino «La Gorda», con una risita maliciosa—. Todo el mundo sabe lo que pasa entre un hombre y una mujer jóvenes y bien parecidos, sobre todo cuando pasan a solas mucho tiempo. Y es preciso reconocer que Jenny es una mujer de pies a cabeza.

—Se equivocan… —Leavitt apretó los labios—. Un momento —exclamó de pronto—. Antes de contestar en un sentido u otro, quiero hablar un momento a solas con Jenny

—Les dejaremos aquí —cedió Sparkles—. Pero, repito no intenten nada o…

Agitó la pistola amenazadoramente y se encaminó hacia la salida.

—Rudy, Harry, hay que echar fuera el fiambre —ordenó cuando ya salían—. No olvidéis el descodificador; de lo contrario, no podríamos despegar.

La puerta se cerró y Leavitt y Jenny quedaron a solas, frente a frente.

* * *

—Nos han cazado bien pronto —dijo él.

—Lo siento. Estaban esperándonos… Apenas si tuve tiempo de darme un baño y de cambiarme de ropa…

—Jenny, mírame a la cara y contesta con toda sinceridad a la pregunta que voy a hacerte. Recuerda que hemos pasado seis meses juntos y que, en algunos momentos, hemos corrido verdaderos riesgos. Ten todo esto presente y dime: ¿vienes realmente a la fuerza o estás de acuerdo con ellos?

Jenny inspiró con fuerza y sus senos se marcaron con turgentes curvas bajo la tela de su vestido. Leavitt alzó una mano.

—Tengo que añadir algo —dijo—. Si estás de acuerdo con ellos, no te lo reprocharé; eres muy libre de actuar según tu voluntad. Sólo que entonces yo tomaré las precauciones necesarias…

—Me obligaron, Kip —le interrumpió ella.

—Está bien, es suficiente para mí. En tal caso, ya encontraré la solución para salir de este apuro, no te preocupes.

Volvió a mirarla y sonrió.

—Ellos creen que tú y yo…

—Es extraño —dijo ella—. Permanecimos seis meses juntos y ni un solo momento intentaste aprovecharte de la situación.

—¿Y tú? Tampoco se te ocurrió el más mínimo gesto de coquetería, destinado a seducirme.

—No lo entiendo. A veces, me sentía atraída, pero, al mismo tiempo, experimentaba una rara repulsión…

—En una de las primeras comidas —explicó él—, tomamos una droga inhibidora de la sexualidad. Es muy conveniente, cuando se va a un lugar en donde toda la atención debe estar centrada en la supervivencia. No se puede perder tiempo en el amor, ¿comprendes?

—Oh, vaya una… estafa —rio Jenny—. ¿Es permanente? —preguntó con repentina ansiedad.

—Los efectos empezaron a desaparecer cuando ya orbitábamos en torno a la Tierra. Incidentalmente, la droga no deja secuelas de ninguna clase, aunque… si te parece, dejaremos que sigan creyendo que pasó… lo que no pasó.

—Por mí, no hay inconveniente. Kip, ¿tienes ya algún plan?

—Se me ocurrirá, descuida. Ahora vamos a enfrentarnos con ellos y saber de una vez cuáles son sus propósitos.

Fue hacia la puerta y se volvió, con la sonrisa en los labios.

—«Duquesa», no consentiré que te hagan el menor daño —prometió.

Abrió con gesto rápido. *Doc* Flowers, «La Gorda» y «Patapalo» rodaron en confuso montón en el umbral.

—Por fortuna, no les tengo en mi servidumbre —dijo Leavitt fríamente, mientras los dos hombres y la mujer procuraban desenredarse del montón en que se habían confundido—. «Caimán» —dijo, mirando a Sparkles por encima del trío de granujas—, de acuerdo.

—Perfectamente. Venga a la sala de mandos y le indicaré la fecha a la que deseamos viajar.

Leavitt se abrió paso. Morton se situó junto a Jenny, con otra pistola en la mano.

—Tengo que vigilarte —dijo, a la vez que asía su brazo con gesto demasiado afectuoso.

Ella le dio un codazo en el costado.

—Vigila, pero no toques —exclamó bruscamente.

Y caminó resuelta detrás de Leavitt.

En la cámara de mandos, Sparkles señaló una de las consolas de control.

—Kip, hoy es doce de mayo de dos mil doscientos noventa y cuatro. Quiero que nos lleve exactamente a trescientos años atrás.

—Doce de mayo de mil novecientos noventa y cuatro.

—Sí, eso es. ¿Cuánto tardaremos?

—Veamos… —murmuró Leavitt—. En total, treinta horas, veinticuatro minutos y treinta y seis segundos. Más un día para acelerar y otro para decelerar.

—Es decir, algo más de día y cuarto.

—Tres días y cuarto —puntualizó el joven.

Sparkles palmeó la espalda del joven.

—Entonces, piloto, ¡leve anclas! —exclamó con fingido acento amistoso.

Leavitt ocupó el sillón del piloto. De pronto, antes de empezar a manipular en los controles, se volvió hacia Sparkles.

—«Caimán», ¿está seguro de la fecha? —consultó.

—Absolutamente, Kip.

—¿Hay alguna objeción? —preguntó Ellie May.

—Ninguna, mujer —dijo Sparkles—. ¿No es cierto, Kip?

El joven vaciló un segundo.

—Ninguna objeción —dijo al cabo.

—¡Eh! —protestó el médico súbitamente—, ¿esto no tiene sillones anti aceleración?

—No son necesarios —contestó Leavitt secamente.

Al cabo de unos segundos, levantó la mano derecha.

—El descodificador o no despegaremos —pidió.

«Patapalo» se lo entregó. Leavitt presionó varias teclas, hasta que vio encenderse una lucecita verde.

—El paso está libre —anunció.

En medio de un profundo silencio, movió ligeramente una palanca y el aparato se desplazó hacia adelante con gran suavidad. Las puertas del hangar se abrieron por sí mismas.

La nave avanzó hasta hallarse por completo en el exterior. Entonces, Leavitt accionó una palanca y el aparato inició un movimiento de ascenso vertical.

CAPÍTULO V

La velocidad ascensional aumentó muy rápidamente, sin que sus efectos se notaran en el interior del cronomóvil, dotado de sistemas anuladores de la aceleración. En el indicador correspondiente, las cifras de la altitud se movían con gran rapidez.

Una hora más tarde, Leavitt empezó a refrenar la marcha de la nave hasta que vio aparecer la cifra 1000 en el cuadro de instrumentos.

—Hemos alcanzado la altitud deseada —anunció.

—¿Y ahora? —preguntó «El Caimán».

Leavitt movió otra palanca. El movimiento ascensional vertical fue sustituido por otro horizontal.

—Iniciamos el proceso de aceleración, que durará veinticuatro horas, hasta alcanzar la velocidad de cuarenta y seis mil trescientos trece kilómetros, que es la que corresponde a una vuelta en torno a la Tierra y en un segundo de tiempo.

—Muy rápido es eso —se asustó Ellie May.

—Tendríamos que volar seis veces y media más rápido, para alcanzar la velocidad de la luz, esto es, trescientos mil kilómetros al segundo.

—¿Y no se podría conseguir? —inquirió Sparkles—. Así tardaríamos seis veces y media menos de tiempo…

—No sé si este aparato ha sido construido para soportar tales velocidades. Por otra parte, el tiempo de treinta y pico de horas no será excesivo. ¿Ganarían algo más, cubriendo el vuelo en cinco horas?

—No importa —dijo «Patapalo»—. El caso es llegar, sin una excesiva permanencia dentro de este cacharro.

—Hay literas y una buena despensa —señaló el joven.

—Una excelente noticia —convino «La Gorda»—. Así como así,

empiezo ya a tener hambre. Luego, una siestecita…

—Alguien tiene que permanecer constantemente de guardia en la cabina —ordenó Sparkles.

—¿Teme alguna jugarreta, «Caimán»? —sonrió Leavitt.

—Oh, no; simplemente, tomo precauciones. Rudy —se dirigió a Morton—, tú harás el primer turno. Ya te relevaremos.

—O.K., Doug.

—Yo me quedo aquí —dijo Jenny.

Y ocupó uno de los asientos contiguos al de Leavitt.

Morton se sentó detrás, jugueteando con la pistola. Leavitt, por su parte, tenía la vista constantemente fija en el indicador de velocidad, que marcaba cifras gradualmente más altas a cada instante.

El tiempo fue transcurriendo monótonamente. Tomaron alimento y descansaron. Leavitt permaneció casi constantemente en el puesto del piloto, dando algunas cabezadas de cuando en cuando. Al fin, veinticuatro horas más tarde, la Tierra, a mil kilómetros de distancia, se convirtió en una bola gris, en la que no se advertía el menor detalle que quebrase su lisa superficie esférica.

—Es curioso —observó Flowers, de guardia en aquellos momentos —. ¿Por qué no vemos mares y montañas?

—Volamos demasiado rápido para captar detalles, que se funden en nuestras retinas —dijo Leavitt—. Usted, que es médico, debiera saberlo.

—Sí, pero ese color gris…

—Pasamos muy rápidamente de la zona de día, esto es, iluminada, a la zona nocturna, sin luz. Blanco y negro, claro y oscuro; la fusión de los dos tonos origina el gris. Un principio elemental de física de los colores, doctor.

—Soy un tonto —admitió Flowers—. Pero, al mismo tiempo, me estremezco, pensando en que cada segundo que transcurre es un día menos… hacia el pasado.

—Dos meses en un minuto y seis minutos para un año, cifras redondas.

—Horrible —comentó *Doc* Flowers.

Jenny vino al poco con café. El médico se había dormido en su sillón.

—Está como un tronco —murmuró ella.

—Sí, ya me he dado cuenta —contestó Leavitt

—¿No podrías aprovechar…?

—Sería inútil. Esta nave tiene unas propiedades muy definidas. Ahora no podemos desviarnos de nuestra ruta y volver a la Tierra; nos mataríamos indefectiblemente. Y tampoco tiene el suficiente alcance para ir a otro planeta… Aunque le quitase la pistola, los otros están armados y podría producirse un tiroteo de consecuencias incalculables. No tengo ganas de que una bala perdida cause un estropicio en el aparato.

—Entonces, ¿hemos de resignarnos a hacer lo que nos digan?

—Por el momento, sí. Pero sólo hasta que hayamos llegado al final del siglo XX.

—¿Qué pasará entonces, Kip?

Leavitt sonrió.

—Trataré de aprovecharme de la ocasión… porque me aprovecharé de la ignorancia de estos estúpidos sobre la historia del planeta —contestó.

Flowers despertó en aquel momento y carraspeó.

—Eh… —gruñó un poco—. ¿Pasa algo, muchacho?

—No se preocupe, *Doc* —dijo Leavitt jovialmente—. Todo marcha a la perfección.

—¿Café, matasanos? —sugirió Jenny.

—¿Tiene «gotas»?

—No, pero si quiere…

—Déjalo, «Duquesa»; Doug podría enterarse y organizaría un escándalo. Ya me desquitaré cuando me releven. Kip, ¿cuánto nos falta?

Leavitt lanzó una mirada a los indicadores.

—Aparte de las veinticuatro horas necesarias para la deceleración, nos quedan sólo siete horas y algunos minutos de vuelo —respondió.

Al cabo de unos minutos, añadió:

—*Doc*, cuando estemos a punto de llegar, conectaré los sistemas anti detección. Viajamos en una nave que viene del futuro, pero abajo, las gentes del siglo XX, no lo saben. Y no tendría gracia que nos disparasen un cohete de la defensa antiaérea, que nos convertiría en polvo antes de que nos diésemos cuenta.

—Una precaución completamente lógica —aprobó Flowers.

* * *

Muy lentamente, con una velocidad ridículamente baja, el aparato concluyó su descenso y se posó en el suelo. Sparkles intentó mirar a

través de las lucernas, pero no consiguió ver nada.

—Estamos en el día doce de mayo de mil novecientos noventa y cuatro —anunció Leavitt.

Dentro del aparato sonaron gritos de alegría. Sparkles se encaró con el joven.

—¿Nueva York?

Leavitt asintió en silencio. Entonces, Sparkles se inclinó, levantó un pequeño mamparo y arrancó algo con ambas manos.

—No sé qué es esta pieza, pero apostaría algo bueno a que ya no podrás despegar, mientras nosotros ejecutamos la operación —dijo—. Como ves, se han roto algunos hilos, pero eso tiene fácil arreglo. A la vuelta, bastará con empalmarlos y todo volverá a la normalidad.

Leavitt apretó los labios.

—Tal vez el estropicio sea definitivo —dijo.

—Correremos el riesgo —«El Caimán» guardó la pieza en el interior de su camisa—. ¡Vamos, muchachos!

Lanzando alaridos de júbilo se dirigieron hacia la escotilla. En el mismo instante, se oyó una estruendosa detonación.

El aparato se estremeció ligeramente. Alguien emitió un chillido de pánico.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó «La Gorda».

«Patapalo» fue el primero en abrir la escotilla. En el mismo instante, se oyó en el exterior el tableteo de una ametralladora.

La boca de «Patapalo» se abrió estúpidamente.

—¡Me han matado! —gimió.

Un segundo después, arrojó una gran bocanada de sangre. Inclinándose hacia adelante, dio una voltereta completa y rodó al pie del aparato.

Sparkles estaba en la puerta y disparó furiosamente su pistola hacia el lugar de donde habían partido los disparos. De pronto, lanzó un aullido y saltó hacia atrás.

—Pero, ¿qué diablos pasa? —chilló Morton.

Sparkles retrocedió, tambaleándose.

—Me parece que me han dado…

Morton se asomó con precaución. A unos cincuenta pasos de distancia, vio correr a un hombre hacia el aparato. El individuo llevaba una ametralladora en las manos.

«El Guapo» apuntó con todo cuidado. El hombre de la metralleta se

desplomó, chillando como un energúmeno. Morton lo remató con su segundo proyectil.

Luego paseó la vista por el panorama que se extendía frente a él. Las piernas le flaquearon y, durante unos segundos pensó que debía estar padeciendo alguna pesadilla.

—Dios mío… No… Esto no puede ser…

«La Gorda» se asomó, vio el paisaje y lanzó un estridente chillido de pánico. El susto fue tan grande que, sin saber cómo, se encontró sentada en el suelo. Flowers se asomó también y retrocedió, dando traspiés.

—¿Adónde hemos llegado? —gimió.

En la cámara de mando, Leavitt presionó una tecla y las lucernas se hicieron transparentes. Sonriendo, miró a Jenny que aparecía completamente desconcertada.

—No había tal sistema anti detección. Sabía que no lo habría, pero no quería que viesen nada hasta haber aterrizado —dijo—. Simplemente, oscurecí los cristales…

Jenny se sentía aterrorizada.

—Kip, tú lo sabías… y, sin embargo, no dijiste nada…

—Tenía otros planes. Siento haberme equivocado —contestó él.

De pronto, resonó un grito de furor.

—¡Malditos! ¡Me han destrozado la pieza de un balazo!

Leavitt se puso en pie de un salto.

—¿Qué está diciendo «El Caimán»? —exclamó.

Abandonó la cámara. Sparkles se hallaba en el centro de la pequeña sala, con el torso, completamente desnudo. En el centro del pecho se veía una mancha encarnada de la que, sin embargo, no brotaba la sangre.

—Bueno, no te quejes —dijo el médico—. Esa pieza está rota, pero paró la bala que iba derecha a tu corazón.

Los ojos de Sparkles fueron al rostro de Leavitt, que acababa de hacerse visible.

—Tú…, maldito seas, tú lo sabías…

Leavitt no se sentía menos furioso.

—No me reproche nada —gritó—. Si hubiese dejado la pieza en su sitio, tendríamos una posibilidad de volver a nuestra época. Ahora, esa posibilidad se ha convertido en humo. Tendremos que quedarnos para siempre en esta época… apenas dos años más tarde del final de la III Guerra Mundial.

De pronto, movido por un arranque irresistible, saltó sobre el sujeto y lo derribó de un tremendo derechazo al mentón. Casi en el mismo instante, oyó la voz de Jenny que le advertía de la inminencia de un peligro.

Empezó a volverse, pero la culata de la pistola de Morton llegó antes a su cráneo.

* * *

Despertó, sintiendo un fuerte dolor en la cabeza. Alguien puso un paño mojado sobre su frente y las molestias empezaron a disminuir.

—Kip… —oyó una voz suave.

—¿Jenny?

—Sí. Has recibido un fuerte golpe y perdiste el conocimiento. No te muevas.

—Ya me siento mejor. «Patapalo» ha muerto, creo.

—Instantáneamente. Kip, tú lo sabías.

—Sí. Pensaba dejarlos aquí… Lo siento, «Duquesa», he fracasado.

—No te preocupes. A fin de cuentas, la nave está intacta. Quizá puedas reconstruir la pieza.

—Lo dudo mucho. Mis habilidades como experto electrónico son más bien limitadas. Probablemente, esa pieza fue construida con la ayuda de un microscopio, entre otros instrumentos. No lo vamos a pasar bien, Jenny, pero nada bien.

—Kip, ¿qué sucedió a finales del siglo XX?

—Una guerra total, con miles de millones de muertos. Nueva York, entre otras grandes ciudades, quedó completamente en ruinas.

—Pero hay supervivientes…

—Sí. Y desaparecieron todas las trabas legales y, durante bastantes años, se impuso la ley del más fuerte.

—Entonces… sí, lo pasaremos muy mal… —dijo Jenny, con los ojos húmedos.

Leavitt se incorporó sobre un codo.

—«Duquesa», estuviste conmigo en Zelhon XI. No será mucho peor que lo que pasamos allí —contestó.

—Sí, pero es que… repetir la aventura…

La puerta de la cámara se abrió de pronto y el corpachón de Sparkles se hizo visible en el umbral.

—¿Está mejor ese bastardo? —bramó.

—En seguida… —empezó a decir ella, pero Leavitt alzó una mano.

—Deme diez minutos, «Caimán» —solicitó.

—De acuerdo, pero no más.

Sparkles se marchó, dando un portazo. Leavitt hizo una señal con la mano.

—Jenny, otro paño mojado —solicitó.

Al cabo de unos momentos, consiguió ponerse en pie. Jenny le dio un vaso con coñac y así consiguió restablecerse casi por completo.

—Bueno —sonrió—, vamos a enfrentarnos con las fieras.

—Si he de ser sincera, te diré que me siento muy aprensiva —declaró la muchacha.

—Jenny, no es inmodestia, pero ahora ellos nos necesitan…

—«Te» necesitan —corrigió ella.

—«Nos» necesitan —insistió Leavitt—. Y no consentiré que te hagan el menor daño o haré que la nave salte en pedazos.

—¿Con dinamita?

—Bastaría ponerla en marcha, sin haber reparado la avería. En alguna parte se produciría un cortocircuito… y, cuando se da el máximo de potencia, la tensión alcanza varios megavatios. No, no nos harán nada o perderán toda posibilidad de regresar al siglo XXIII.

CAPÍTULO VI

A través de las lucernas podía apreciarse el dantesco espectáculo que era la gran urbe, convertida en colosales montones de escombros, sobre los cuales, sin embargo, empezaban ya a aparecer los primeros síntomas de vegetación. Algunos rascacielos se mantenían en pie, no obstante, pero no eran sino tétricos esqueletos de lo que habían sido orgullosos edificios tan sólo un par de años antes.

El silencio reinaba por doquier. No se apreciaba el menor signo de vida. Salvo el ataque del primer superviviente, los ocupantes del cronomóvil no habían vuelto a ser molestados.

Sparkles y sus acólitos estaban reunidos en el salón, en torno a una botella. Leavitt hizo su aparición, acompañado de la muchacha.

—Hablemos en serio —propuso «El Caimán»—. Si yo cometí una tontería, al quitar la pieza del cuadro de mandos, tú intentaste jugarnos una mala pasada. Querías dejarnos en este mundo arruinado, ¿no es cierto?

—Te pregunté si ésta era la fecha que deseabas —contestó Leavitt—. Debieras haber tenido un poco más de memoria…

—La historia no fue nunca nuestro fuerte —dijo Ellie May con amarga causticidad—. Pero estamos aquí y hemos de resolver la situación.

—Tú puedes reparar la nave —dijo Sparkles.

—Lo dudo mucho…

—¡Pues inténtalo, por todos los diablos!

—No soy ingeniero —se defendió el joven.

—Mira, no tientes mi paciencia. Eres explorador espacial. Un hombre de tu profesión entiende de muchas cosas. Y, si no, ¿cómo pudiste pilotar por primera vez una nave en la que jamás habías estado?

Bruscamente, lanzó la pieza destrozada hacia el joven. Leavitt la atrapó al vuelo.

—Estúdiala. Construye una más o menos parecida. A lo mejor, basta con un simple «puente» de cables. Pero haz que este maldito trasto despegue y pueda orbitar en sentido opuesto. Aunque sea a mucha menor velocidad, ¿entendido?

—Si volásemos a menor velocidad, estaríamos mucho más tiempo en el espacio. Se nos acabarían los víveres…

—Podríamos descender para reponerlos. La humanidad se recobró después de aquella guerra total, ¿no es cierto?

Leavitt empezó a pensar que, después de todo, los argumentos de «El Caimán» no carecían de cierta consistencia.

—Bueno, sí, se puede intentar… Aunque no garantizo los resultados.

—Si te quedas mano sobre mano, no habrá ninguna clase de resultados —intervino Morton.

—Hazlo, Kip —suplicó Jenny.

—Muy bien, lo intentaré —accedió Leavitt finalmente—. Con una condición.

—Habla —indicó Sparkles.

—A partir de este momento, yo soy el jefe y se hará cuanto ordene, ¿entendido?

—Esa condición tiene otra condición —dijo «El Caimán», sonriendo perversamente—. Tú mandas «dentro» de la nave. Fuera no te concedemos ninguna autoridad.

Leavitt se encogió de hombros.

—No pienso contradecirte —respondió—. Pero eso me hace pensar en que tenéis intención de salir al exterior.

«La Gorda» soltó una risita.

—Hemos aterrizado en el borde oriental del Parque Central. Al otro lado, está la Quinta Avenida. Y *Tiffany's*, por no citar otras joyerías, están en esa avenida.

—Ah, seguís pensando…

Sparkles se puso en pie.

—Rudy, *Doc* Flowers y yo vamos a buscar las joyerías, Ellie May se quedará aquí, para cuidar de que no nos hagáis una jugarreta.

—No lo intentaré —aseguró el joven.

Morton alzó una mano.

—Doug, podríamos llevarnos a la «Duquesa» como rehén —solicitó.

Jenny contuvo el aliento. Sparkles pareció considerar la sugerencia.

Leavitt salvó la situación con una rápida amenaza:

—Si os la lleváis, iré al cuadro de mandos y lo destrozaré por completo —exclamó—. Estamos a bordo de la nave y aquí mando yo. Y ordeno que Jenny se quede conmigo.

—Está bien, está bien… —Sparkles sonrió burlonamente, a la vez que se llevaba la mano a la sien—. A sus órdenes, capitán —añadió.

Sacó su pistola, la revisó y se dirigió hacia la puerta.

—«Guapo», tú eres más rápido —dijo—. Sal y corre, para apoderarte de la metralleta del tipo que se cargó a Harry.

—Está bien.

Leavitt fue hacia la cabina. Desde los ventanales, pudo apreciar la rápida carrera de Morton hacia el lugar donde yacía el hombre que había disparado contra la nave. Se inclinó, agarró la metralleta y la levantó en alto, para indicar que había conseguido su propósito.

Los otros dos salieron de inmediato. Flowers jadeó muy pronto:

—Esto no es para mí. Ya soy demasiado viejo…

—Calla y corre, estúpido —le apostrofó Sparkles—. No te considerarás viejo cuando llegue la hora de repartir el botín, ¿verdad?

Leavitt estuvo en el mismo sitio, hasta que vio desaparecer al trío entre los despojos de lo que un tiempo había sido el floreciente Parque Central. De pronto, sintió que le tocaban en el hombro y no precisamente con amabilidad.

—¡A trabajar, héroe del espacio! —ordenó Ellie May.

* * *

Arrodillado frente al panel abierto, Leavitt contempló la pieza que había construido con elementos hallados en un pequeño depósito de repuestos que había a bordo. Faltaba la original, pero Leavitt creía haber hecho otra de similares características.

—Aunque bastante menos precisa, supongo —dijo, con ella en la mano y todavía irresoluto antes de realizar las últimas conexiones.

—¿Qué pasará si falla? —preguntó Jenny, que estaba a su lado.

—No tengo la menor idea. O esto explota… o se queda para siempre en el suelo…

Jenny sintió un escalofrío.

—Tendríamos que quedarnos a vivir en esta época —se aterró.

—Y no resultaría precisamente agradable —admitió él.

Buscó un soldador y empezó a empalmar los cables que, al ser de distintos colores, permitían eludir los errores. Cuando estaba a la mitad, Jenny dijo que iba a buscar café.

La joven regresó momentos después, con una bandeja en las manos. La dejó encima de una consola y luego le enseñó algo que llevaba metido en el cinturón.

Leavitt contempló con asombro la pistola que Jenny tenía en la mano.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó.

—Se la he quitado a «La Gorda» —sonrió ella.

—¿Te has peleado con ella?

—Oh, no. Está borracha como una cuba. Ni siquiera se ha enterado… ¡Kip, ésta es nuestra ocasión! —exclamó Jenny apasionadamente—. Vamos a largarla fuera de la nave. Si cerramos la escotilla, ya no podrán entrar, por muchos esfuerzos que hagan. Son unos asesinos, no merecen volver al siglo XXIII… Esta es la época en que deben vivir…

Leavitt consideró la proposición.

—En realidad, eso es lo que pensábamos hacer —murmuró.

—Pues no perdamos tiempo. Esa mujer pesa demasiado para mí; entre los dos podremos hacerlo con toda facilidad. Además, esto es un problema de simple precaución, de supervivencia. Imagínate que volvemos a nuestra época. ¿Crees que nos dejarán con vida, para que podamos contar lo que han estado haciendo en este siglo?

—No son unos asesinos…

—Es lo que dicen siempre, pero carecen por completo de conciencia. Claro que no son unos asesinos… mientras los otros no les estorben. Entonces… Bueno, ya viste lo que le pasó a Tom Beuring, ¿no?

—Está bien —dijo Leavitt—. Sí, creo que tienes razón. Voy a ver si termino de empalmar dos cables que me faltan. Luego haré unas pruebas estáticas antes de despegar.

—¿Y por qué no en vuelo, Kip?

—No me gustaría que algo fallase y caer aunque sólo fuese desde un par de cientos de metros de altura. Prefiero estar, seguro, ¿comprendes?

—De acuerdo, pero, por favor, date prisa.

—Haré todos los posibles —respondió el joven.

Las conexiones fueron hechas en un par de minutos. Luego, Leavitt inició las primeras pruebas estáticas, a fin de averiguar si había fallos en los instrumentos. Mientras observaba las indicaciones, meneó la cabeza.

—Esto es una especie de ruleta rusa —masculló.

—¿Qué es la ruleta rusa? —se extrañó Jenny.

—Un revólver con una sola bala en el tambor. Haces girar éste varias veces y luego aplicas el cañón a la frente. Aprietas el gatillo…

—Son seis probabilidades contra una, Kip.

—Hay revólveres que sólo tienen cinco balas. El nuestro es uno de estos revólveres.

—Bien, dejemos las metáforas a un lado —dijo ella, terriblemente impaciente—. ¿Falta mucho?

—Unos minutos, cinco o seis… No quiero arriesgarme, compréndelo.

Jenny asintió. Muy nerviosa, miró a través de la ventana y entonces divisó algo que la dejó sin respiración.

—¡Ahí vienen, Kip! —exclamó.

—¡Cierra la escotilla! —rugió Leavitt.

Jenny dio media vuelta y corrió hacia la esclusa. Empujó la compuerta, pero, con gran asombro por su parte, se dio cuenta de que no podía moverla un solo centímetro.

—¡Kip, no se cierra! —gritó angustiadamente.

* * *

Sparkles, Morton y *Doc* Sam Flowers volvían a todo correr, cargados cada uno con un pesado saco de tela recia. Leavitt echó una mirada a través de la lucerna más próxima y se extrañó de la prisa que parecían traer.

Flowers se había quedado bastante rezagado. De pronto, Morton se volvió y disparó una corta ráfaga de ametralladora.

Sparkles soltó una terrible maldición.

—¡Más, dispara más! —aulló.

—Tengo que cambiar el cargador —gritó «El Guapo».

De pronto, Flowers lanzó un terrible aullido y cayó al suelo.

—¡Ayudadme, hermanos! —suplicó—. Me han roto una pierna…

—¡Vete al infierno! —contestó Morton brutalmente.

Encajó el cargador en el hueco correspondiente, tiró del cerrojo y disparó contra las figuras que se acercaban en semicírculo. Dos hombres cayeron y los demás se dispersaron, sin dejar de disparar desordenadamente las armas que portaban.

—¡Aprisa, aprisa! —gritó «El Caimán».

Desesperada, Jenny hizo un esfuerzo supremo.

—¡No puedo, Kip, no puedo! —sollozó, impotente ante una escotilla que no cedía un solo centímetro.

Flowers suplicó, chillando horriblemente, mientras se arrastraba como un insecto al que le hubiesen arrancado las patas posteriores. Morton se volvió de nuevo y disparó otra ráfaga, pero acabó los proyectiles en un santiamén y, furioso, tiró el arma a lo lejos.

—Lo siento, no podemos hacer más —gruñó.

Sparkles estaba ya llegando a la nave. En aquel momento, dos individuos se acercaron a Flowers.

El médico levantó una mano, solicitando piedad. Dos disparos le destrozaron el rostro y cayó como una masa, Sparkles se lanzó de cabeza al interior de la nave. Morton le siguió apenas un par de segundos más tarde. Después de rodar, Sparkles se levantó, sacó algo del bolsillo y lo puso en un hueco situado en el marco de la escotilla. A continuación, presionó una tecla y la compuerta giró con toda facilidad. «El Caimán» sonrió aviesamente.

—Era el fusible del motor auxiliar de apertura y cierre —explicó a una aturdida Jenny.

Ella no dijo nada. Sparkles se echó a reír.

—No tenía ganas de que me jugaseis una mala pasada —añadió—. ¿O me equivoco al pensar que tratabas de cerrar la escotilla, para dejarnos abandonados a nuestra suerte?

—No… Sólo quería ver si podía… podía ayudaros… —tartamudeó la muchacha.

—¿Ayudarnos? ¿Con qué, con piedras?

Morton levantó su saco.

—Doug, ¿qué importa eso ahora? —gritó alborozadamente—. Traemos lo menos veinte kilos de joyas cada uno. Poco oro y muchas piedras preciosas, ¿no es un maravilloso botín?

—Sí, tienes razón —convino Sparkles—. Eh, ¿dónde está esa maldita «Gorda»?

—Se ha emborrachado —contestó Jenny.

Sparkles la miró con ojos relucientes de malignidad.

—Claro, y pretendías aprovecharte de su borrachera para dejarnos en la estacada, ¿verdad?

Dejó el saco en el suelo y levantó la mano para golpearla. Pero se quedó en la misma posición, al sonar repentinamente la voz de Leavitt:

—«Caimán», toque a esa chica y será lo último que haga en los días de su vida.

Sparkles giró en redondo y respingó al ver la pistola que el joven sostenía con mano firme.

—¿De dónde diablos ha sacado ese chisme? —aulló.

—Yo no tengo la culpa de que «La Gorda» sea tan aficionada al alcohol —contestó el joven fríamente.

—Vaya… Rudy, parece que la tortilla ha dado la vuelta y estamos en sus manos —dijo Sparkles, sin parecer demasiado afectado por el suceso —. ¿Puedo saber qué van a hacer con nosotros, «capitán»?

—De momento, estamos dentro y yo me voy a ver con tranquilidad qué hemos conseguido en *Tiffany's* y otros establecimientos del ramo —dijo Morton, a la vez que levantaba el saco, como si fuese a cargárselo al hombro.

Pero, en lugar de echarlo hacia atrás, lo disparó hacia adelante con todas sus fuerzas. Leavitt no pudo rehuir el impacto y cayó de espaldas.

Jenny gritó, mientras Sparkles saltaba sobre el joven y le quitaba la pistola. Leavitt se incorporó ágilmente y trató de arrojarse contra el sujeto, pero Sparkles le puso el cañón de la pistola bajo la nariz.

—Mueve una pestaña y te sacaré los sesos por la nuca —dijo torvamente.

Leavitt inspiró con fuerza,

—Está bien, me rindo —contestó—. Pero sigo conservando el mando a bordo…

—Tú ya no eres nada, sino el que obedecerá mis órdenes en el acto, si quieres seguir viviendo. ¡Vuelve al puesto de mando y procura hacer despegar este maldito trasto!

Leavitt apretó los puños. En su frente se hinchó una vena, pero supo contenerse y dio media vuelta.

—Jenny, ven conmigo; necesito que me ayudes —pidió.

—Sí, Kip —contestó ella, aprovechando la ocasión para separarse de los dos granujas.

De pronto, se oyeron unos ruidos extraños en el casco de la nave. Parecía granizo, observó la muchacha.

Sonó una fuerte risotada.

—¡Tontos! —gritó Sparkles, como si los de fuera pudieran oírle—. Las balas ni siquiera nos hacen cosquillas.

CAPÍTULO VII

Arrodillado, Leavitt hizo las últimas comprobaciones. Jenny estaba a su lado.

—Oh, Kip, ¿qué vamos a hacer ahora? —gimió la muchacha.

—Intentaremos despegar. Creo que lo conseguiremos, de modo que el problema es volver a nuestra época. Suponiendo que todo salga bien, cuando aterricemos tendremos que solucionar otro problema todavía más grave.

—La supervivencia —adivinó Jenny.

—Exactamente. Pero todavía quedan bastantes horas, cincuenta y cuatro y pico, para ser exactos. En ese espacio de tiempo, ya idearé algo para eludir a ese trío.

—Eran cinco y ya han muerto dos.

—Ellos se lo buscaron, ¿no?

De pronto, se oyó un agudo chillido de mujer, seguido de varios chasquidos de inconfundible significado.

—Sparkles está zurrando a «La Gorda» —sonrió Jenny.

Sonaron varias bofetadas más. Los alaridos de Ellie May se confundieron con las blasfemias de Sparkles y las risotadas de Morton.

—Déjalos que se peleen —dijo Leavitt—. Cuanto más discutan entre ellos, más ventajas tendremos nosotros dos.

Se incorporó, limpiándose las manos en el pantalón y sonrió.

—Bueno, esto ha quedado listo —dijo—. Voy a anunciárselo. No te muevas de aquí.

Al llegar al salón, vio a Ellie May acurrucada en un rincón, gimiendo sordamente, con la nariz manchada de sangre. Encima de la mesa, vio un centelleante montón de joyas de todas clases.

—Los tesoros de Golconda —dijo Morton—. ¿Qué le parece,

explorador?

Leavitt miró las joyas con indiferencia.

—Me gustarían más si supiera que con ellas se puede pagar nuestra seguridad —contestó.

—¿Qué quieres decir? —preguntó «El Caimán».

—Voy a despegar, pero no respondo de los resultados.

—Muy bien, sácanos de este infierno; es todo lo que necesitamos.

—De acuerdo.

La nave tembló repentinamente, sacudida por algo que había explotado fuera con terrible fragor. «La Gorda» lanzó un aullido de pánico.

—¡El aparato va a explotar! —gritó—. ¡Salgamos fuera…!

—¡Cállate, estúpida! —dijo Sparkles—. Kip, ¿qué demonios ha sido eso?

—No lo sé, pero, en todo caso, no es de nuestra nave, ya que ni siquiera la he puesto en funcionamiento.

Una segunda explosión se produjo mucho más cerca, seguida de un furioso tamborileo de objetos metálicos contra el casco exterior. Leavitt corrió hacia la cámara de mando y miró a través de una de las lucernas.

—¡Dios mío!

A unos mil quinientos metros de distancia se veía avanzar lentamente sobre las ruinas un enorme monstruo metálico, moviéndose sobre orugas y provisto de un cañón que parecía apuntar directamente hacia el cronomóvil.

—¿Qué es eso? —preguntó Jenny.

—Un tanque… Carro de combate, si lo prefieres.

—¿Tanque? —repitió Sparkles.

—Así se les denominaba en aquella época… bueno, en ésta. Me parece que es un M-144, provisto de un cañón de seis pulgadas.

—¡Seis pulgadas! —resopló Morton, que también había acudido a la cabina.

—O doscientos tres milímetros, como gustes —respondió Leavitt ceñudamente.

Apretó una tecla. El tanque trepaba en aquel momento sobre un gran montón de escombros y su conductor lo detuvo, a fin de que el artillero pudiera tomar puntería.

—¡Nos va a freír! —aulló Sparkles.

El cronomóvil se despegó del suelo. En aquel instante, vieron

inflamarse la pieza artillera del tanque. Un segundo después, se produjo la explosión, a unos treinta metros ya del cronomóvil, aunque justamente por debajo de su panza.

El aparato se agitó violentamente.

—¡Buena puntería, aunque de nada os ha servido! —rio «El Caimán».

Leavitt tenía la vista fija en los instrumentos, que señalaban absoluta normalidad en todos los controles. Poco a poco, el aparato fue ganando velocidad y, antes de cinco minutos, se hallaba a varios kilómetros de distancia del suelo.

—Estamos a salvo —exclamó el joven. Y añadió, para que no hubiese lugar a dudas—: Por ahora.

—Por ahora…, eso es lo que importa —dijo Sparkles—. Rudy, vamos a echar un vistazo al botín.

—Encantado, Doug.

* * *

El altímetro señaló los mil kilómetros y Leavitt hizo que la nave se desplazase paralelamente a la curva del ecuador terrestre, en sentido opuesto al viaje de ida. Cuando vio que todo parecía marchar normalmente, se relajó en su asiento.

Jenny le trajo café. De la cámara llegaron gritos, risas y las palabras de una obscena canción.

—Están borrachos —dijo la muchacha.

—Tienen motivos. ¿Has visto el botín?

Jenny se sentó a su lado.

—Cuarenta o cincuenta kilos de joyas. No hay ni dos kilos de oro. ¿Qué valor puede tener eso en nuestra época, Kip?

—¿Qué valor tienen las vidas que se han perdido?

—Si te refieres a los dos que murieron, jugaron y perdieron.

—¿Y los supervivientes que merodeaban por las ruinas de Nueva York? No debían haber muerto a manos de unos seres que tardarán tres siglos en nacer.

—Tal vez habrían muerto…

—«Tal vez», en las actuales condiciones de vida. Pero tendrían que estar vivos.

Jenny cogió una de las manos del joven.

—Nosotros no tenemos nada que reprocharnos —dijo suavemente—.

Pero hay un problema que me preocupa más

—¿De qué se trata?

—La III Guerra Mundial fue nuclear. Han pasado dos años. Me parece poco tiempo para que se hayan disipado las radiaciones…

—Nueva York fue destruida por bombas de neutrones que no dejan radiactividad apenas y la escasa que queda se disipa muy rápidamente. Por ese lado no debemos sentir temor, aparte de que hemos estado expuestos muy poco tiempo… Tú y yo, por ejemplo, ni siquiera hemos salido de la nave.

—Bueno, ahora me siento más tranquila. —Jenny hizo un esfuerzo por sonreír—. Parece que todo marcha bien, Kip.

—Me gustaría estar más seguro y afirmarlo rotundamente en lugar de decir «me parece» —contestó Leavitt.

—¿No confías…?

—Primero, yo no conocía el manejo de la nave. Segundo, hay una pieza que no tiene nada de la original. Quizá resulte, quizá no… Lo sabremos cuando llegue el momento de decelerar.

—Es decir, volamos un poco a la ventura.

—Suprime el «un poco», Jenny.

Ella guardó silencio durante unos momentos. Luego volvió a oprimir la mano del joven.

—Kip, quiero hacerte una pregunta —dijo.

—Adelante, «Duquesa» —sonrió él.

—Supongamos que todo sale bien… Supongamos que aterrizamos y que esos tres se marchan con su botín. ¿Qué harás entonces?

—Bueno, me iré a casa, tomaré un baño… aunque antes, supongo, tendré que dar muchas explicaciones a tío Albert.

—Yo quería decir después, cuando hayas solucionado esos pequeños problemas. ¿Seguirás siendo explorador del espacio?

Leavitt se frotó la mandíbula.

—Es algo que me gusta —contestó—. Ya sé que no se puede seguir una vida tranquila y apacible, durmiendo en casa todas las noches, comiendo regularmente… pero me parece todavía un poco pronto para retirarme.

—Entonces, volverás al espacio.

—Jenny, debes tener en cuenta una cosa. No hago esto sólo por capricho. Aunque me guste, hago exploraciones porque me pagan. Y me pagan bien, debo ser sincero. En el caso de Zehlon XI cobré una

importante suma de la Fundación Braden-Wolf, que era la interesada en el viaje a ese planeta. Conseguí, como sabes, objetos de arte y traje también gran cantidad de películas y cintas grabadas. Debo publicar un libro con los resultados del viaje, auspiciado por la fundación, y ello me reportará también sustanciosas ganancias.

—Pero tú… Tu familia es inmensamente rica…

—¿Opinas acaso que debo vivir como un potentado, disfrutando de las rentas, sin dar golpe y dedicándome a las diversiones continuamente?

—No sé… Bueno, me pareció que… Son prejuicios que no se pueden evitar. No sé cómo expresarme…

—Ya, el hombre joven y apuesto, con dinero, tiene que ser un tipo ocioso, dedicado únicamente a gastar su fortuna y a vivir continuamente rodeado de mujeres hermosas. Ya lo hice durante una temporada, Jenny.

—¿Qué pasó, Kip?

—¿Cuál es tu plato favorito?

—Pues… Me gusta de todo, pero el pastel de fresas es mi delirio.

—Cuando regresemos, si regresamos, te daré pastel de fresas para comer a todas horas.

—Oh, no, sería horrible… —De pronto, Jenny, se echó a reír—. Creo que he comprendido, Kip.

—Lo celebro, «Duquesa».

Seguían oyéndose risas y canciones báquicas, pero el rumor de las voces era menos fuerte que antes.

—Parece que el alcohol está haciendo de las suyas —apuntó Jenny.

Leavitt asintió.

—Ojalá pierdan el conocimiento —deseó.

Media hora más tarde, se había hecho un silencio total a bordo. Leavitt abandonó la cabina de mando y fue a la sala, encontrándola desierta.

Sus tres pasajeros estaban en sus respectivas cámaras, cerradas con llave. No había ningún arma a la vista.

—Sparkles sigue siendo astuto —dijo a su regreso.

—Tendremos problemas en el momento del aterrizaje —vaticinó ella.

—Procuraremos resolverlos. Mientras tanto, ¿por qué no te relajas y procuras descansar? Todavía tenemos mucho tiempo por delante antes

de que se presenten esos problemas.

Jenny se acomodó en su asiento. Por debajo de ellos, la Tierra giraba con velocidad creciente.

* * *

El indicador de velocidad señalaba la cifra 46.300.

—Estamos a punto de alcanzar la velocidad precisa —dijo Leavitt.

Jenny tenía los ojos fijos en el velocímetro. Las cifras fueron apareciendo rápidamente. Cuando apareció el número 46.313, Leavitt presionó la tecla que debía estabilizar la velocidad.

Instantes después, apareció el número 46.314.

—¿Qué sucede aquí? —exclamó, alarmado.

Las cifras continuaron aumentando. En pocos momentos, alcanzaron la de 50.000.

—¡Cincuenta mil kilómetros! —exclamó Jenny, asustada.

—¡Esto no se detiene! —dijo Leavitt, hondamente preocupado, mientras contemplaba el inexorable aumento de los guarismos en el indicador digital de velocidad.

—¡Tienes que detenerlo, Kip! —suplicó ella—. Por el amor de Dios, para esta nave…

Leavitt volvió a presionar la tecla estabilizadora. Todo continuó igual.

—No sé qué ha podido pasar… Todo funcionaba normalmente…

En pocos minutos, llegaron a los sesenta mil kilómetros por segundo.

—Kip, ¿qué sucederá si la velocidad sigue aumentando? —preguntó la muchacha.

—No tengo la menor idea, pero no me gusta lo que pueda ocurrir.

—Podrías pararlo… arrancando alguna cosa…

—¿Qué? —exclamó él, exasperado, al ver que la velocidad continuaba incrementándose—. No se me ocurre nada… Tengo nociones del manejo de las naves; bueno, sé cómo pilotarlas todas o casi todas, pero tú también sabes pilotar un aeromóvil subatmosférico y, si tiene una avería, no eres capaz de repararla, ¿verdad?

Jenny asintió, terriblemente nerviosa. En el indicador había aparecido ya la cifra 70.000.

La puerta de la cabina se abrió de pronto. Sparkles apareció en el umbral.

—¿Todo en orden? Han pasado ya las veinticuatro horas de aceleración, ¿no es cierto, «capitán»?

—Sí, pero resulta que no podemos detenernos y que la velocidad continúa aumentando a cada segundo que pasa.

Sparkles se quedó estupefacto.

—¿No estará hablando en serio? —dijo.

—Si tiene la bondad de acercarse, le permitirá que vea por usted mismo lo que marca el velocímetro de la nave

«El Caimán» se acercó a la consola de control y tendió mirada hacia el lugar en que se apoyaba el índice de Leavitt.

—¡Rayos! —juró—. ¿Ochenta mil kilómetros por segundo?

—Y sin el menor indicio de que la velocidad vaya, no ya a reducirse, sino siquiera a estabilizarse —contestó Leavitt sombríamente.

CAPÍTULO VIII

Morton y Ellie May fueron apareciendo sucesivamente en la cámara de mando, con el pánico reflejado en sus facciones. Por debajo de ellos, la Tierra era una bola grisácea en la que, debido a la velocidad del aparato, no se captaba el menor detalle de su superficie.

—Pronto llegaremos a la velocidad de la luz —anunció Leavitt.

—Y, entonces, ¿qué? —preguntó «La Gorda».

Leavitt se encogió de hombros.

—Quizá «El Caimán» tenga la respuesta —dijo.

—¿Yo? No entiendo nada de estos chismes… —exclamó el aludido. .

—Sí, usted, maldita sea —rugió Leavitt, repentinamente enfurecido —. Usted arrancó una pieza, sin preocuparse de si causaba daños o no al aparato… Y ahora, sencillamente, estamos pagando las consecuencias de su acción.

Jenny puso una mano en el brazo del joven.

—Serénate, Kip —rogó—. Los malos humores no resolverán nuestra situación. Eres el único que tiene cierta experiencia y sólo tú puedes sacarnos de este apuro. Pero es preciso que conserves la mente fría y que no te excites, por mucho que puedan decir estos energúmenos.

—Vaya, la «Duquesa» se ha pasado al enemigo —comentó «La Gorda» burlonamente.

—Déjala —refunfuñó Sparkles—. Lo que ha dicho tiene mucho sentido. Los nervios no nos sacarán de este mal paso. Kip, muchacho, haga un esfuerzo.

—Lo veo difícil. Es como si estuviéramos en un coche de ruedas y se hubieran roto los frenos. Puede arreglarse la avería, pero antes es preciso detener el coche.

—¿Qué sucedería si pasáramos de los trescientos mil kilómetros por

segundo? —preguntó Morton.

—No tengo la menor idea. Pero el cronomóvil no tiene motores hiperespaciales y pueden ocurrir muchas cosas, aunque sólo una de ellas es la más probable.

—¿Cuál? —quiso saber Sparkles.

—Si usted volase en un aeromóvil y éste acelerase continuamente, sin poder detenerlo, ¿se imagina qué sucedería?

—Bueno… podría estallar… o quemarse por la fricción en la atmósfera.

—Yo me inclino por la teoría de la explosión.

Hubo un momento de silencio. Después, se oyó la gemebunda voz de «La Gorda».

—Soy aún muy joven para morir…

—No te preocupes, no te enterarás —dijo Sparkles ceñudamente—. Entonces, Kip, usted se inclina por la teoría de la explosión.

—Realmente, no lo será en el sentido estricto de la palabra. Pienso que el aparato se desintegrará, deshaciéndose en millones de fragmentos, con todos cuantos estamos en su interior. Pero será una desintegración tan rápida que, si pudiera ser vista por alguien situado en el exterior, creería se trata de la explosión de una bomba.

—Pues sí que nos pinta usted un panorama atractivo —refunfuñó «El Guapo».

—Digo lo que creo puede suceder, aunque no lo puedo garantizar de una forma absoluta. Pero una cosa sí es totalmente cierta: el cronomóvil no está construido para volar a velocidades superiores a las de la luz.

De nuevo callaron todos. Bruscamente, Jenny señaló el velocímetro:

—Kip, estamos alcanzando el punto crítico —exclamó.

Un profundo silencio se hizo de repente en la cámara. Leavitt contempló con ojos morbosamente fascinados las cifras que iban apareciendo sucesivamente en el indicador.

Ellie May se volvió, tapándose los ojos con las manos.

—No quiero verlo, no quiero verlo… —sollozó.

Morton se sentó en uno de los sillones y empezó a murmurar palabras sin sentido. Sparkles sacó un frasco, lo destapó y tomó un largo trago.

—Estamos a menos de mil kilómetros de la velocidad de la luz —bisbiseó la muchacha.

Leavitt agarró su mano. Ella le dirigió una dulce sonrisa.

—Preferiríamos estar ahora en Zehlon XI, ¿eh?

—Al menos, tendríamos los pies en tierra firme —contestó él.

El aparato continuó acercándose a la velocidad crítica. Leavitt contempló la aparición de las últimas cifras, reteniendo el aliento.

299.994… 299.995… 299.996… 299.997… 299.998… 299.999…

La última cifra tembló perceptiblemente en la pequeña pantalla del indicador. Los números oscilaron, como si estuviesen dibujados sobre un líquido muy denso, aunque sin borrarse del todo. Luego, bruscamente, apareció en la pantalla el número 299.998.

Leavitt se enderezó. La cifra siguiente fue 299.997.

—Creo que…

Segundos después, lanzaba un estentóreo grito:

—¡Reducimos velocidad!

* * *

—Esto hay que celebrarlo —gritó Sparkles—. «Gorda», trae una botella y vasos.

Luego palmeó los hombros del joven.

—Eres todo un tipo, Kip —añadió.

—No me halague, «Caimán» —contestó Leavitt—. Lo que ha pasado, tenía que pasar, pero no me pregunte los motivos.

—Bueno, estamos bajando de velocidad, ¿no?

—Sí, pero, ¿cuánto la reduciremos?

—¿Importa eso mucho ahora? El caso es que la explosión no se ha producido y que tenemos los huesos enteros. Rudy ¿no te sientes satisfecho?

—Todavía me tiemblan las piernas —contentó Morton—. Kip, ¿no puede explicarse qué ha sucedido?

Leavitt movió la cabeza.

—Ha sucedido, es todo lo que sé —repuso.

Inspiró profundamente y se dejó caer hacia atrás. Jenny le miró con infinita dulzura. Ahora afloraban en el joven los efectos de la tensión largamente sostenida.

Ellie May vino con una bandeja en las manos. Esta vez Leavitt sí aceptó la copa.

Consultó el indicador. No, ya no había dudas; la velocidad seguía decreciendo. Antes de media hora, habrían llegado a la cifra deseada.

Después, sería preciso aguardar, dejar pasar el tiempo preciso para regresar a la época de la que habían partido. Y en cuanto pusieran los pies en el suelo…

—Pondré una bomba debajo de este maldito cronomóvil —dijo en voz alta.

—Yo encenderé la mecha —añadió Jenny.

Los otros habían vuelto a su estado de euforia. Leavitt no quería moverse de su puesto.

Treinta minutos más tarde, apareció en la pantalla la cifra deseada.

—Bueno, a partir de ahora, dejaremos pasar treinta horas y veinticuatro minutos y podremos iniciar el descenso…

Leavitt se calló súbitamente.

Ahora las cifras se reducían vertiginosamente. La velocidad caía de un modo alarmante.

—¡Kip! ¿Qué sucede? —gritó Jenny.

El joven no sabía qué contestar. Sparkles apareció de pronto.

—¿Qué diablos son esos gritos? —gruñó.

El movimiento de cifras se producía con tremenda rapidez.

—Estamos perdiendo velocidad —contestó Leavitt.

—¿Cómo? —gritó «El Caimán».

—En este momento, volamos ya a menos de treinta mil kilómetros por segundo… Veintiocho mil… veintiséis mil…

—¡Por todos los diablos! —aulló Sparkles—. ¿Es que se ha vuelto loco este maldito cacharro?

De pronto, Leavitt se levantó y, saltando hacia Sparkles, le asestó un tremendo puñetazo que lo tiró por el suelo, con los pies por alto.

—Tú, maldito hijo de perra… Tú y tu condenada idea de quitar una pieza, sin importarte en absoluto la que te llevabas… Especie de cerdo…

Loco de ira, le pateó furiosamente. Sparkles aullaba enloquecido, tratando en vano de defenderse del acoso del joven. Ellie May y Morton, atraídos por los gritos, llegaron a la carrera.

—Parad a este loco —chilló Sparkles—. Detenedlo o me va a matar…

Morton dio un salto y apoyó el cañón de su pistola en la frente del joven.

—Kip, alto ahí o disparo —amenazó.

Leavitt se detuvo, mirando a su alrededor con ojos extraviados.

Murmuró unas palabras de disculpa y regresó a su puesto con paso inseguro.

Jenny le abrazó, tratando de calmarle. El cuerpo del joven temblaba de pies a cabeza. Ella adivinó que se hallaba poseído por un ataque de nervios, motivado por la tensión y que, de repente, había estallado inconteniblemente.

—Cálmate, querido… Tranquilízate, todo ha pasado ya…

Leavitt hundió la cabeza en su pecho. Jenny le oyó sollozar.

—Se ha vuelto loco —barbotó Sparkles—. Creo que me ha roto un par de costillas…

Jenny se volvió, furiosa.

—Merecías que te hubiese roto la cabeza, estúpido —le apostrofó—. «Gorda», Kip no se encuentra bien. Ha soportado demasiada tensión, durante demasiado tiempo. Trae un calmante, lo que sea… Él es nuestra única posibilidad de salvación…

—Sí, sí, ahora mismo… —Muy asustada, Ellie May dio media vuelta y corrió hacia la despensa.

Morton guardó la pistola.

—Tienes razón, «Duquesa». Si yo hubiese estado en su sitio, no habría aguantado tanto.

Sparkles se limpió los labios con un pañuelo.

—Vaya manera de golpear —rezongó—. Parecía una máquina de dar puñetazos.

«La Gorda» vino con una taza, en las manos.

—Café con coñac —dijo—. No se me ha ocurrido nada mejor…

Leavitt se enderezó.

—Será suficiente —dijo—. «Caimán», discúlpame.

—Bah, no tiene importancia —contestó Sparkles con aire generoso —. Son cosas que le pueden pasar a cualquiera. Aunque… sí, creo que tengo un par de costillas rotas… «Gorda» mira a ver si encuentras algo para ponerme un vendaje.

—¡Esperad! —gritó Leavitt de pronto, todavía con la taza en las manos—. Creo que ya sé lo que sucede.

Todos se agolparon esperanzadamente a su alrededor. Sparkles sonrió satisfecho.

—No, si ya lo decía yo. Es un chico listo…

—¿Qué es, Kip? —preguntó Jenny.

—La cosa está arreglada —rio Ellie May.

Morton puso los ojos en blanco.

—¿Qué voy a hacer yo con tantas joyas?

—Vamos, Kip, suéltalo de una vez; no nos tengas sobre ascuas —pidió «El Caimán», impaciente.

Leavitt apuró la taza y se la pasó a la joven. Tocó algunas teclas y palancas, pero todo siguió igual en el cuadro de mandos.

—Pronto estaremos en velocidad cero —anunció.

—Y podremos descender, ¿verdad? —dijo Morton.

—Amigos, lo que ha pasado no se debe precisamente a mi habilidad, sino al agotamiento del combustible —declaró Leavitt dramáticamente.

CAPÍTULO IX

Ellie May empezó a gemir y a tirarse de los pelos. Jenny se agarró con ambas manos a los brazos del sillón.

—Sin combustible —repitió.

—Pero, ¿es que este maldito chisme necesita combustible, como si fuese una locomotora de vapor del siglo XIX? —exclamó Sparkles.

—Todo aparato que no se mueve por fuerzas naturales, necesita combustible de alguna clase —contestó Leavitt—. En estos momentos, volamos ya por inercia, pero, cuando se acabe el remanente de velocidad, caeremos inexorablemente, debido a la atracción de la Tierra.

—Y nos haremos tortilla —se espantó «La Gorda».

—Antiguamente —dijo Morton, riendo nerviosamente—, había coches que usaban gasolina. Había estaciones por todas partes y podían aprovisionarse sin dificultades…

—Esa comparación es absurda. El cronomóvil no usa combustible químico —dijo Leavitt.

—¿Qué diablos usa, entonces?

—Material nuclear, muy bien aislado, por supuesto.

—Pero… pero la energía del uranio es inagotable… —tartajeó Sparkles.

—Toda energía tiene un límite. Y más en este caso, en que la cantidad de combustible es relativamente pequeña. Según me explicó mi tío, hay muy pocos gramos de uranio. Algo así como el volumen de un garbanzo.

—Y, lo hemos consumido…

—Porque estuvimos volando durante mucho tiempo a velocidades superiores a las calculadas. A mayor velocidad, mayor consumo de

combustible.

La nave se estremeció de pronto. Ellie May chilló.

—¿Qué pasa ahora?

—Nada. Hemos iniciado el descenso.

Ahora ya se veía la Tierra con todo detalle. Morton frunció el ceño.

—Descendemos, pero girando en espiral. Acabaremos por quemarnos —calculó.

—Creo que no —contradijo Leavitt.

Alargó la mano y señaló una tecla, marcada con un rótulo:

PROPULSIÓN DE EMERGENCIA.

Presionó a fondo y añadió:

—Llegaremos bien al suelo, pero no podremos despegar y habremos de quedarnos allí para siempre, sea la época que sea.

* * *

El último gramo de combustible se consumió cuando el aparato estaba a cinco o seis metros del suelo. La nave cayó a plomo, aplastando un árbol, cuyo frondoso ramaje redujo considerablemente los efectos del choque.

Después del aterrizaje, se produjo un espacio de silencio. Leavitt fue el primero en romperlo:

—¿Están todos bien?

Ellie May se incorporó, frotándose sus voluminosas caderas.

—Menos mal que tengo buenos muelles…

Leavitt se volvió hacia Jenny, que aparecía muy pálida. Ella trató de sonreír.

—Estoy bien, no te preocupes.

Sparkles y Morton se incorporaron, rezongando quejumbrosamente. Leavitt .se puso en pie.

—Bueno, hemos llegado sanos y salvos. Todavía no sé la fecha en que nos encontramos, porque tengo que estudiar a fondo los instrumentos. Y como no funcionan, por falta de energía, no puedo afirmar nada en un sentido u otro. Lo importante, sin embargo, es que estamos sanos y salvos.

—Es lo principal —convino Sparkles.

—Ahora saldremos a explorar los alrededores —continuó Leavitt—. Una cosa: que nadie toque un solo instrumento. Nadie deberá hurgar en ninguna parte de esta nave. Puede que nos tengamos que quedar aquí para siempre, pero si hay una posibilidad, por ínfima que sea, quiero que el aparato quede tal como está ahora. ¿Entendido?

—Descuida, Kip, no habrá más imprudencias —aseguró «El Caimán».

Repentinamente, Jenny lanzó una exclamación de asombro.

—¡Kip, mira!

Leavitt corrió hacia la ventana en que se hallaba la muchacha. Parpadeó, creyendo que soñaba.

—¿Qué es eso? —exclamó Sparkles, a sus espaldas.

Había un enorme cilindro, tumbado en el suelo, a unos mil metros de distancia. Más allá, se divisaban algunas construcciones, que parecían abandonadas.

El lugar era completamente liso, aunque había bastante vegetación. Pero no se advertía el menor signo de vida.

De pronto, Leavitt creyó adivinar la verdad.

—Me parece que ya sé de qué se trata —dijo—. Sin embargo, pienso que debemos salir fuera. Entonces, podré confirmarlo.

—Parece una nave abandonada, ¿no? —apuntó Jenny.

Leavitt no contestó.

—Será mejor que salgamos —insistió.

Abandonó la cámara y se dirigió hacia la escotilla. Después de abrir, respiró el aire del exterior.

—No parece que haya envenenamiento de la atmósfera —dijo.

—Es un lugar muy agradable —expresó Jenny.

Leavitt asintió y saltó al suelo.

—Vamos a ver qué es ese tubo caído —propuso—. Más allá, he visto algunos edificios. Podremos orientarnos y… tal vez, con paciencia, un día podamos encontrar el combustible necesario para el regreso.

Jenny se colgó de su brazo.

—¿Sabes, Kip? Si tengo que quedarme aquí, a tu lado, no me importará en absoluto.

Leavitt sonrió, a la vez que palmeaba la mano de la joven.

—Quizá la solución al problema esté en el interior de ese tubo —respondió.

Reinaba un silencio absoluto. De cuando en cuando, soplaban algunas rachas de viento, que producían gemidos de tonos lúgubres y

que, en las áreas despejadas, levantaban remolinos de polvo. Sparkles, Ellie May y Morton les seguían a prudente distancia.

Un cuarto de hora más tarde, se hallaban ya a unos cincuenta pasos del tubo, enorme, de más de sesenta metros de largo por seis u ocho de diámetro y terminado en una punta de forma cónica. En el fuselaje del extraño aparato se advertían algunas ligeras abolladuras y, a su alrededor, pero sobre todo hacia la cola, se veían señales de grandes quemaduras.

A poca distancia de la popa, se divisaba un gran agujero circular en el suelo. En los costados del tubo, se veían unas grandes letras de inconfundible significado: U.S.

—Es un cohete intercontinental —adivinó Jenny.

—Sí, aunque no puedo imaginarme la razón por la que está caído en tierra, fuera de su silo de lanzamiento.

Dio un paso más y, de repente, se detuvo, porque acababa de sonar un disparo.

La bala levantó una nubecilla de polvo delante de sus pies. Casi en el acto, se oyó una voz clara y fresca:

—¡Alto ahí! Si dan un sólo paso, dispararé a matar.

* * *

Leavitt y Jenny se quedaron como clavados en el suelo.

Los otros se detuvieron también, no menos extrañados por la existencia de alguien que les prohibía seguir adelante.

Rodeando la proa del cohete, apareció un hombre joven, con uniforme de campaña y un fusil en las manos. En las mangas de su camisa se veían las insignias de cabo.

—Permanezcan donde están —ordenó—. Esto es propiedad del gobierno de los Estados Unidos y nadie puede acercarse sin autorización superior.

Leavitt alzó las manos.

—Amigo, no queremos causarle daño a usted ni a las instalaciones que custodia —dijo—. Y no somos extranjeros ni invasores del espacio. Venimos en son de paz, créame.

El cabo les miró desconfiadamente. Leavitt se volvió hacia los otros tres.

—Tirad las armas —ordenó—. El cabo debe apreciar nuestras intenciones amistosas.

—Será mejor que lo hagan —declaró el militar—. Tengo buena puntería.

Tres pistolas cayeron al suelo. El joven sonrió.

—Soy Kip Leavitt. Ella se llama Jenny Parker. ¿Puedo conocer su nombre, cabo?

El militar se irguió.

—Cabo Sandy Warrenhold, Décimo Escuadrón de misiles intercontinentales… Si quiere mi número de serie…

—Nos basta con el nombre, cabo, muchas gracias. Pero veo que esto aparece completamente desierto.

Warrenhold hizo una mueca amarga.

—Yo soy el único que queda de la guarnición que había aquí, después de los bombardeos. Los demás, incluido el coronel comandante, se largaron cobardemente, sin esperar nuevas órdenes del presidente o del Estado Mayor, abandonando lo que tenían orden de defender a toda costa. Yo no lo haré, yo permaneceré aquí, hasta que venga alguien con autoridad legal para darme órdenes.

—Entonces, ¿está solo, cabo?

—Sí, señor. Les vi venir desde mi alojamiento… ¿De dónde, señor?

—Hijo —suspiró Leavitt—, sería largo de explicar en estos momentos. No nos creerías y… ¿Qué le pasó a ese cohete?

—Algo falló en los sistemas de propulsión y cayó apenas estuvo fuera del silo. No sé más, señor Leavitt.

—Sandy, puedes llamarme Kip.

—Y a mí Jenny —añadió la muchacha.

—Está bien. —Warrenhold bajó su rifle—. Parecen buenas personas. Si me dan su palabra de no tocar nada sin mi permiso… De todos modos, no se iban a llevar ese mastodonte.

—No tocaremos nada sin que lo sepas, Sandy —aseguró el joven—. Dime, ¿qué hay en los barracones?

—Oh, ropas, pertrechos, instrumentos, provisiones… Lo tengo todo bajo control y llevo al día la cuenta de lo que gasto. Nadie podrá reprocharme que no haya cumplido con mi deber. Pero los días pasan y pasan… y nadie viene por aquí… He llamado miles de veces al Pentágono, al Centro de Tiro Intercontinental… Nadie contesta…

—Fue una guerra terrible —dijo Leavitt—. Los supervivientes son muy escasos, aunque me maravilla que este lugar no haya sido devastado por los proyectiles enemigos.

—Quizá los agotaron antes de que nos tocase el turno —supuso Warrenhold—. De todas formas, confío en que alguien vendrá un día y me relevará y me dará nuevas órdenes. No todos los jefes pueden haber muerto; a veces, pienso que creen que el escuadrón fue también arrasado…

—El centinela de Pompeya —murmuró Jenny, hondamente conmovida por la tragedia que expresaban las palabras del joven cabo.

Leavitt asintió.

—¿De qué centinela habla usted, señorita? —preguntó Warrenhold, muy intrigado.

—Te lo contaré en otro momento, Sandy —sonrió Leavitt—. Ahora, si no tienes inconveniente, me gustaría ver los almacenes de pertrechos. Necesitamos algo que nos permita despegar de nuevo, ya que nuestra nave se ha quedado sin combustible.

—Bueno, si usan gasolina…

—No, Sandy, no utilizamos gasolina. ¿Podemos ir?

—Claro. Sin embargo, les haré firmar vales por los artículos que se lleven. No quiero responsabilidad luego, cuando venga algún jefazo y empiece a chillar histéricamente por una toalla o un par de calcetines.

Jenny se echó a reír.

—Sólo tomaremos lo que nos autorices, Sandy —aseguró.

—Entonces, vengan —invitó Warrenhold, a la vez que se colgaba el fusil del hombro—. Y me gustaría que me explicasen de dónde vienen ustedes, ¿comprende?

—Sí, te lo explicaremos, aunque es posible que no nos creas. Ah, una pregunta, Sandy —dijo Leavitt.

—¿Señor?

Leavitt bajó la voz.

—¿Hay licores en el almacén?

—Sí, señor; bastantes cajas de botellas. Los otros se emborracharon, pero no pudieron acabar con todas las existencias…

—Esos tres que nos acompañan, son amigos, pero sólo hasta cierto punto. No les dejes tocar una sola botella.

—Así lo haré, señor.

—Sandy, llámame Kip, demonios —gruñó el joven. Agitó una mano —. Vamos, «Caimán».

Los edificios estaban a mil quinientos metros. Después de romper la marcha, Leavitt empezó a explicar a Warrenhold los motivos por los que

se hallaban en aquel lugar.

* * *

Leavitt examinó con satisfacción la gran cantidad de herramientas y pertrechos que había en uno de los almacenes. Otra cosa que le alegró sobremanera fue una gran carretilla, con pluma de carga, lo que le permitiría trabajar sin grandes dificultades. Asimismo encontró trajes protectores contra la radiación.

—Y pensar que sólo tengo que sacar combustible, un trozo de combustible del tamaño de la uña del pulgar…

De pronto, Warrenhold frunció el ceño.

—Kip, estoy pensando que si piensas hurgar en la cabeza de combate del misil, podrías provocar la explosión —dijo.

—Antes desconectaré todos los circuitos, aunque me parece que los mecanismos no funcionaron; de lo contrario, no estarías hablando con nosotros —respondió el joven—. De todos modos, son unos aparatos muy simples, comparados con los que tenemos en el siglo XXIII

Warrenhold meneó la cabeza.

—¡Caramba, sí que es prodigioso! —exclamó—. Viajar desde el futuro a este pasado… aunque, la verdad, esta época no tiene nada de agradable.

—Quizá era necesario este holocausto —murmuró Jenny—. Las cosas han cambiado mucho desde entonces.

—Pero no del todo en algunos aspectos —rectificó Leavitt.

Fuera sonaban unos fuertes golpes. Warrenhold agarró el fusil y se precipitó al exterior.

Sparkles lanzó un grito de alegría en aquel momento:

—Aquí hay licor para emborrachar a un millón de personas…

Warrenhold le apuntó con el fusil.

—Señor Sparkles, está causando daños en una propiedad del gobierno —dijo severamente—. No me obligue a disparar, porque lo haré, y a matar, si no desiste de su actitud inmediatamente.

—«Caimán», olvídate de la bebida —añadió Leavitt—. Procura comportarte como un ser humano y no como un cerdo, o tendrás que lamentarlo.

—Lo lamentaremos nosotros, que tendremos que cavar una tumba —dijo Jenny malignamente.

De mala gana, Sparkles se separó de la puerta que había intentado

forzar con la ayuda de un grueso pedrusco.

—De todos modos, eso ahí, abandonado, no aprovecha a nadie… —refunfuñó.

—Lárgate de una vez, «Caimán» —dijo el joven.

—Ya oyó al señor Leavitt —añadió Warrenhold.

Sparkles se marchó, echando pestes. Al cabo de unos momentos, Leavitt movió una mano.

—Continuemos, Jenny.

—Aguarda un momento, Kip —pidió la muchacha—. Creo que, un poco aturdidos por nuestra llegada, hemos olvidado preguntar a Sandy algo muy interesante.

—¿Sí? —dijo el cabo.

—¿Sabes la fecha?

—Oh, sí, claro. Estamos a nueve de abril de mil novecientos noventa y dos. Y hace solamente tres meses que estalló la guerra.

CAPÍTULO X

—Es decir, que retrocedimos todavía más, en lugar de volver a nuestra época —dijo Jenny, mientras Leavitt probaba los controles de la carretilla mecánica.

—No tengo la menor explicación para ese fenómeno —respondió Leavitt—. Sólo puedo apuntar hipótesis.

—¿Por ejemplo?

—Cuando iniciamos el regreso, adelantábamos hacia el futuro. Pero, al llegar al límite de la velocidad de la luz, la nave empezó a retroceder.

—Sí, es cierto.

—Entonces, nos pasamos de largo por la fecha en que debíamos iniciar el descenso.

—Hicimos la misma ruta, pero alargándola.

—En casi dos años. Unos veintiún meses.

Leavitt saltó al suelo y empujó un cajón que estaba montado sobre ruedas. Luego, con la pala de la carretilla, lo subió a la plataforma.

—Esto puede durar días, así que lo mejor será armarse de paciencia —sonrió.

—El caso es que lo soluciones, Kip —dijo Jenny comprensivamente.

Warrenhold entró en aquel momento.

—Hola —saludó.

Jenny observó que el joven cabo parecía preocupado.

—¿Sucede algo, Sandy?

Warrenhold movió la cabeza hacia el exterior.

—Ese trío… No me gusta nada —declaró—. ¿Cómo es posible que estuvieran en compañía de unas personas decentes como ustedes?

—Sandy, cuando te amenazan con una pistola, ¿qué puedes hacer? —contestó Leavitt.

—Están cuchicheando todo el tiempo. Les he visto dar vueltas en torno al depósito de vehículos. Tal vez quieran apoderarse de uno de ellos.

—Déjalos que se lo lleven. A ver si así se pierden para siempre —contestó Jenny.

—Pero es que los vehículos están a mi cargo…

—Sandy, ¿hay alguna ciudad cerca de aquí?

—Kansas City, a cincuenta y dos kilómetros, pero recibió un impacto directo. El segundo, a las cuarenta y ocho horas, cuando los escasos supervivientes creían que todo había acabado ya. No se salvaron ni las ratas.

—Querrán ir a merodear entre las ruinas —supuso la muchacha.

—De acuerdo, pero que vayan a pie —contestó Warrenhold.

De pronto, se oyó el rugido de un motor. Warrenhold dio media vuelta y salió a todo correr, empuñando su rifle.

—¡Alto! —gritó.

Leavitt y Jenny se precipitaron al exterior. Un camión ligero arrancaba en aquel momento, con gran estruendo del cambio de marchas, evidentemente manejado por alguien con nula experiencia en tales vehículos.

—¡A las ruedas, Sandy! —gritó Leavitt.

El fusil tronó varias veces. Luego, el camión se detuvo y sus tres ocupantes se apearon, con los rostros deformados por la cólera.

—¡Maldita sea! —aulló Sparkles—. No pretendíamos hacer daño a nadie…

—Ese camión tiene dueño y Sandy lo representa —contestó Leavitt serenamente—. Al dueño no le gusta que lo uséis; por eso ha disparado Sandy a las ruedas.

—Nos van a matar a disgustos todo el tiempo que dure la reparación —se quejó Jenny.

—Creo que eso tiene fácil arreglo. —Leavitt se volvió hacia el cabo y habló con él en voz baja. Sandy asintió y sonrió largamente.

—Por Dios, qué tontos hemos sido —exclamó—. Claro que tengo un alojamiento especial para ese trío de bestias de dos patas.

Con el fusil terciado, avanzó hacia Sparkles y sus secuaces.

—Caminen —ordenó.

—¿Adónde nos llevas, cabo? —preguntó «El Caimán».

—Es una fortuna que no nos alcanzase ningún proyectil enemigo.

Todo quedó intacto en esta base, incluyendo el calabozo —contestó Warrenhold con agudo sarcasmo.

Veinticuatro horas más tarde, Leavitt empezó a ponerse un traje aislante.

—Esto va a ser más duro que luchar contra los caníbales de Zehlon XI —dijo.

—Usted… ¿tú has luchado con unos caníbales? —se asombró el cabo.

—Sí, Sandy. Y no fue fácil salir de allí con vida.

—¿Dónde está ese país? No lo he oído nombrar en mi vida…

Leavitt alzó la vista hacia el cielo.

—A muchos años luz de distancia —contestó.

—¡Cómo me gustaría viajar con usted, cuando esté en su época! —exclamó Warrenhold—. Volar por los espacios interplanetarios, conocer nuevos mundos, conocer gentes que no han nacido en la Tierra…

Jenny sonrió al ver el entusiasmo del muchacho.

—Bueno, cuando el cronomóvil esté arreglado, vente con nosotros y podrás realizar tus deseos —dijo.

Warrenhold se puso repentinamente serio.

—No puedo, Jenny.

—Ah, ya, el centinela de Pompeya. Eres un chico maravilloso, Sandy. Mientras queden gentes como tú, y acabarás por encontrarlos, el país no corre peligro. Con el tiempo, se reconstruirá y…

—Lo haremos —aseguró el cabo—. Pero aún no me ha explicado lo del centinela de Pompeya.

—Ocurrió en el año setenta y nueve de nuestra era, cuando se produjo una erupción en el Vesubio y las lavas y las cenizas sepultaron las ciudades de Pompeya y Herculano. Siglos más tarde, cuando se hicieron las primeras excavaciones, se encontraron muchos restos humanos y apareció el cuerpo de un legionario romano, firme en su puesto, con sus armas y equipo. Le habían colocado allí de centinela y sucumbió bajo la ardiente lluvia de cenizas, por no abandonar el puesto que le había sido confiado, sin ser previamente relevado.

—Una historia bonita —comentó Warrenhold—. Claro que había más soldados conmigo…

—También los había con el legionario de Pompeya, pero sólo él se quedó en su puesto. Aunque, naturalmente, te deseamos mejor suerte, Sandy.

—Gracias, Jenny. Esta vez, confío, alguien vendrá a relevarme. ¿Te ayudo, Kip? —preguntó el muchacho, viendo que Leavitt estaba forcejeando con el traje aislante.

—Gracias, pero ya no es necesario.

Al cabo de unos momentos, Leavitt quedó completamente equipado. A través del grueso cristal aislante de su casco, emitió una alegre sonrisa.

—¡Manos a la obra! —dijo, por e1 pequeño transmisor que llevaba incorporado el traje antirradiación.

Y echó a andar resueltamente hacia el misil caído.

Cuando se disponía a dar el primer golpe de destornillador, se sintió acometido por un lúgubre pensamiento. Iba a trabajar en algo que no entendía. Si cometía un error, los mecanismos de ignición podrían ponerse en marcha y se desencadenaría el infierno contenido en el proyectil. Una veintena de megatones quedarían sueltos y…

Se encogió de hombros y empezó su labor.

—No nos enteraríamos —murmuró.

De cuando en cuando, mientras trabajaba en aquella inextricable maraña de cables y conexiones de todas clases, echaba un vistazo al detector colgado de su traje. Mientras la película sensible conservase su aspecto normal, todo iría bien,

* * *

Acompañada de Warrenhold, Jenny empujó el carrito con la comida hasta la sección de arrestados, donde permanecían Sparkles, Morton y Ellie May. Sparkles, según su costumbre, protestó al verlos.

—¿Hasta cuándo vamos a seguir encerrados? —gruñó.

—Hasta que Kip diga que ya ha terminado su tarea —contestó la muchacha, impertérrita.

El cabo se situó frente a la cancela, con el fusil a punto.

—Retírese, Sparkles.

«El Caimán» retrocedió hasta el fondo de la celda.

—Tiene que volverse de espaldas y poner las manos en la cabeza —agregó Warrenhold.

Los dientes del sujeto rechinaron. Aquel proceso se repetía tres veces al día. Era inevitable, porque no se fiaban de ninguno de los tres prisioneros.

—Algún día se acabará esto, supongo —dijo Sparkles.

—Oh, sí, nada dura eternamente —sonrió Jenny, mientras dejaba en el suelo de la celda una bandeja con comida—. Cuando Kip diga que tiene listo el cronomóvil, os sacaremos de aquí, para emprender el viaje de vuelta. Mientras tanto, queremos seguridad. ¿No es así, Sandy?

—Así es, Jenny.

Ella se retiró y cerró la puerta. Luego pasaron a la celda contigua.

—Hola, Rudy. ¿Todo bien? —sonrió.

Morton contestó con un bufido. Ellie May protestó también y dijo que se había arrepentido y que quería ayudar, aunque fuese de lavaplatos.

—Cinco personas no ensucian demasiada, vajilla —rio Jenny.

—No me encuentro bien. Necesito tomar el sol, respirar aire puro… Padezco claustrofobia…

—«Gorda», una vez permaneciste dos semanas en un túnel, cuando fuiste con los demás a robar la caja fuerte del *Intercontinental Bank*. En un espacio menor que esta celda, estabais seis personas…

—¿Eso hicieron estos granujas? —se asombró Warrenhold.

—Sandy, si hubiera que escribir la lista de las fechorías de esta pandilla, no habría bastante con la vida de una persona.

—Menudos pájaros. Jenny.

—No lo sabes bien.

Jenny cerró y se llevó el carrito. Cuando estaban fuera, se detuvo un instante y miró al muchacho.

—Sandy, ¿sabes que tu nombre me parece conocido y que no acabo de recordar dónde lo he oído?

Warrenhold emitió una sonrisa de circunstancias.

—Por lo que sé, nunca nos habíamos visto antes —contestó.

Ella hizo un gesto con la cabeza.

—No sé… Lo pensé casi desde el primer día, pero aún no he conseguido recordar dónde lo he oído antes. En fin, puede que se trate de una ilusión…

Jenny se interrumpió súbitamente. Leavitt, en lo alto de la carretilla, junto al misil, les hacía señas con una mano.

—Quiere decirnos algo, Sandy.

Warrenhold agarró de inmediato la radio portátil que colgaba de su hombro.

—¿Novedades, Kip?

—Sí, ya he llegado al corazón de la bomba. Voy a ver si consigo

sacar ahora un poco de material fisible. No os acerquéis; la película indica un aumento de la radiactividad en este lugar.

—Enterado. Avisa cuando todo esté listo.

El traje aislante de Leavitt disponía de transmisor de radio. Jenny y Warrenhold se quedaron en el mismo sitio, a unos quinientos metros de distancia, esperando a que se dejara ver el joven nuevamente.

Pasados unos minutos, le vieron descender, empuñando con ambas manos unas largas pinzas que él mismo había fabricado con dos varillas de metal. Leavitt caminó hacia el cronomóvil y desapareció en su interior.

Diez minutos más tarde, se hizo visible nuevamente y se dirigió hacia la carretilla. Después de ponerla en marcha, se alejó hasta perderse de vista en el horizonte.

Regresó una hora más tarde, a pie.

—Puede que el traje y la carretilla hayan quedado contaminados. La radiactividad no era muy intensa y volví a colocar las placas de blindaje en la cabeza explosiva, pero uno no puede estar seguro, sobre todo si la película empezaba ya a ennegrecer.

—¿Te habrán afectado las radiaciones, Kip? —preguntó Jenny.

—Ha sido un tiempo mínimo de exposición y el traje era un buen aislante. Sandy, si quieres un consejo, busca una excavadora y cubre el misil con tierra.

—Comprendo —respondió el cabo—. Así lo haré. —Miró sucesivamente a la pareja—. Os echaré de menos —sonrió.

—Cada uno debemos vivir en la época que le ha tocado nacer —murmuró Leavitt—. Bueno, si no os importa, voy a darme un baño descontaminante. Todas las precauciones son pocas.

—¿Cuándo zarparemos, Kip? —quiso saber Jenny.

—Luego haré pruebas de funcionamiento de los sistemas de, energía. Si todo marcha bien, como espero, levantaremos el vuelo mañana, después del desayuno.

—Está bien.

Leavitt echó a andar hacia el barracón que habían lomado como alojamiento. Había caminado una veintena de pasos cuando, de súbito, estalló una detonación.

Jenny lanzó un grito de terror al ver que Leavitt, después de vacilar unos segundos, se desplomaba pesadamente al suelo.

CAPÍTULO XI

Un individuo apareció corriendo por la esquina de uno de los barracones y se dirigió hacia el caído. Warrenhold puso una rodilla en el suelo, apuntó y disparó varias voces seguidas.

El hombre se derrumbó instantáneamente. Jenny, chillando como si se hubiese vuelto loca, corrió hacia Leavitt. Warrenhold la siguió, mascullando mil imprecaciones.

La sien izquierda del joven aparecía manchada de sangre. Jenny lo llamó a gritos. Warrenhold se inclinó sobre el caído.

—Creo que no es grave —dijo—. Una rozadura de bala… Jenny, toma mi fusil; lo llevaré en brazos…

—¡Vienen más! —gritó ella de pronto.

El cabo se volvió. A unos seiscientos metros de distancia, se divisaban unas figurillas que avanzaban hacia el campamento.

—Tenemos tiempo —dijo Warrenhold.

Levantó en vilo al joven y echó a correr hacia el barracón. Luego recuperó su fusil.

—Atiéndelo mientras yo mantengo a raya a esos tipos —indicó.

Jenny buscó el botiquín y limpió la sangre de la herida. Con gran alivio, apreció que se trataba de una simple rozadura, apenas mayor que un arañazo. Desinfectó cuidadosamente y luego aplicó una ancha tira de esparadrapo.

De pronto, sonaron unos disparos en el exterior. Leavitt abrió los ojos.

—¿Qué… pasa? —preguntó torpemente.

—Alguien trata de asaltar la base —contestó ella—. No… no te muevas; tienes que permanecer quieto. La bala estuve a punto de volarte el cráneo.

—Me duele la cabeza… —Leavitt cerró los ojos un momento—. Pero supongo que es lógico… Mira a ver si encuentras un par de aspirinas; no puedo dejar solo a Sandy.

Súbitamente, se oyó en el exterior el atronador rugido de una ametralladora pesada. Los cristales del barracón vibraron tenuemente.

Haciendo un esfuerzo, Leavitt consiguió ponerse en pie. Tragó apresuradamente las tabletas de analgésico y luego, con paso inseguro, se acercó a la puerta.

Warrenhold estaba en lo alto de una torreta de vigilancia, detrás de una ametralladora de media pulgada de calibre. Leavitt lanzó un silbido.

—¿Dónde están las armas? —preguntó.

El muchacho señaló una puerta situada a cien pasos de distancia. Luego sacó algo de uno de sus bolsillos y lo lanzó todo lo lejos que pudo.

—Ahí va la llave —contestó.

De pronto, giró a su derecha y apretó el disparador. A ciento cincuenta pasos de distancia, dos hombres manotearon furiosamente antes de caer destrozados por la ráfaga.

Leavitt echó a correr hacia la llave.

—Espérame en el arsenal, Jenny —gritó.

Ella se deslizó junto a las paredes de los barracones. Leavitt llegó momentos más tarde y abrió la puerta.

El local estaba lleno de armas de todas clases. Leavitt eligió una metralleta ligera y se colgó del hombro dos cartucheras, repletas de cargadores.

—Yo prefiero la pistola; al menos, sé manejarla —dijo Jenny—. Kip, ¿quiénes pueden ser esos tipos?

—Merodeadores. Seguramente, buscan el modo de sobrevivir, pero han empezado mal, disparando en lugar de solicitar alimentos.

De pronto, se oyó una voz en el exterior:

—¡No disparen! ¡Queremos parlamentar!

Leavitt corrió hacia la puerta del arsenal. A unos trescientos pasos, se divisaba a un sujeto con un palo que sostenía un trapo blanco.

—Avance, sin armas —ordenó Warrenhold.

—Debes decirle que no se fíe —aconsejó Jenny.

—Déjalo. Él es el comandante en jefe de esta base y debe tomar sus propias decisiones.

El sujeto avanzó hasta hallarse a veinte metros de la torreta.

—Amigo, sólo queremos ropas y comida —dijo—. No hay motivos para acribillar a la gente a balazos…

—No, ¿eh? Entonces, ¿por qué han abierto el fuego sin previo aviso? Han herido a uno de los nuestros…

—Fue un imprudente. Ya lo ha pagado bien caro —contestó el parlamentario.

—Sí, pero los demás también hicieron fuego. Además, no puedo dar una sola lata de comida sin permiso de mis jefes.

—Estamos hambrientos…

—El país es grande. ¡Váyanse! No puedo fiarme de unos tipos que disparan primero y luego piden de comer.

—Bravo, Sandy —murmuró Leavitt.

El rostro del sujeto se contorsionó.

—Esto fue pagado con impuestos de los ciudadanos —alegó—. Por tanto, nos pertenece…

—No insista, hermano —atajó Warrenhold—, Además, sé quién es usted y antes de darle un solo pedazo de pan, quemaría la base. ¿Cree que no le he reconocido, Gale Alstrup? Usted pertenecía a la banda de Hanff Meener, el *gangster* que explotaba todo el vicio y la corrupción de la ciudad. Allí íbamos cientos de soldados todos los fines de semana y… ¿Qué pasa, se les acabó el negocio y quieren fundar otro, con las cosas que hay aquí almacenadas, para vendérselas a peso de oro a otros supervivientes?

Alstrup lanzó una horrible maldición al sentirse descubierto.

—Soldadito, si le gusta jugar a la guerra, nosotros podemos complacerle —amenazó—. Es mi última oferta…

Warrenhold disparó una ráfaga a los pies del sujeto, haciéndole dar un tremendo salto hacia atrás. Alstrup blandió el puño.

—Volveremos, general —tronó.

Dio media vuelta y se alejó a grandes zancadas. Un poco más allá, se reunió con otros dos sujetos y luego todos se alejaron, hasta perderse de vista en el horizonte.

* * *

Warrenhold bajó de la torreta y se reunió con los dos jóvenes.

—Me preocupan esos tipos —dijo—. Explotaban todo el vicio de la ciudad y tenían una pésima fama.

—Bueno, Sandy, sólo querían comida —alegó Jenny.

—Oh, no lo creas. Conozco a Meener. Si consigue apoderarse de la base, tendrá una gran cantidad de material y pertrechos con los que especular cuando empiecen a llegar supervivientes. Además, dispondrá de enormes cantidades de alimentos. Eso le permitiría convertirse en el amo de una extensísima comarca. ¿Lo comprendes ahora? Todo el mundo estaría sujeto a su férula…

—Como antes de los bombardeos —sonrió Leavitt.

—Exactamente. Sólo que no se ha dado cuenta de que los viejos y buenos tiempos se han acabado ya y que, después de esta horrible guerra, nada será igual.

Leavitt admiró íntimamente el tono de firmeza del muchacho.

—Te ayudaremos, Sandy —dijo—. Y tienes toda la razón; después de la III Guerra Mundial, todo tiene que cambiar. Los supervivientes construiréis un mundo nuevo y…

Jenny le tocó en el brazo.

—Kip, antes dijiste que ibas a darte un baño descontaminante. Hazlo cuanto antes.

—Sí, es cierto.

Media hora más tarde, Jenny entró precipitadamente en el cuarto de baño. Leavitt estaba secándose con una toalla y la miró alarmado.

—¡Kip, vuelven esos bandidos! —exclamó—. ¡Con un tanque pesado!

Leavitt se quedó sin aliento. Luego, de pronto, tiró la toalla a un lado y empezó a vestirse.

—Suelta a los prisioneros. Dales armas para que nos ayuden a defendernos —ordenó.

—Está bien.

Leavitt se vistió en unos instantes y corrió hacia el exterior. Al mirar hacia la llanura, descubrió la oscura mole de un tanque, que avanzaba hacia la base con gran chirrido de cadenas.

El cañón vomitó un rápido fogonazo. Instantes después, uno de los barracones recibió el impacto y una gran parte de la estructura saltó por los aires.

Warrenhold apareció corriendo, con un largo tubo en la mano, seguido de Morton, que jadeaba cargado con un saco repleto de proyectiles antitanque.

—¡Kip, tenemos que detenerlos! —gritó.

La segunda granada estalló a cuarenta metros escasos del cohete. Leavitt sintió que se le ponían los pelos de punta.

—Esos locos pueden provocar una explosión nuclear —exclamó.

—¡Hijos de perra! —barbotó Warrenhold—. Rudy, ayúdame…

El cabo puso una rodilla en tierra y apuntó cuidadosamente con el lanzagranadas. Luego pulsó el disparador.

El proyectil partió aullando, pero quedó corto, a pocos metros delante del morro del tanque. Leavitt esperó la reacción del artillero, pero, inexplicablemente, el cañón no volvió a disparar.

El tanque se había detenido. Súbitamente, ocurrió algo inesperado.

La tapa de la torreta se levantó. Se oyeron chillidos de mujer.

Un hombre apareció, arrastrando a una joven, a la que sujetó con unas cuerdas a la base del tubo de la pieza artillera. Luego, antes de que los sorprendidos defensores de la base pudieran reaccionar, volvió a guarecerse en el interior del blindado.

—Por todos los diablos… Usan a esa mujer como escudo para evitar que disparemos —exclamó Leavitt.

—Yo sé por qué lo hacen —dijo Warrenhold sombríamente—. No saben manejar apenas el tanque y temen a los disparos de mi lanzagranadas.

De pronto, recargó el tubo y se lo entregó a Leavitt.

—Dispara cuando veas la ocasión propicia —añadió.

Giró sobre sus talones y desapareció al otro lado de uno de los edificios. En aquel momento, la ametralladora del tanque vomitó una larga ráfaga.

Morton lanzó un aullido y se desplomó al suelo. Jenny se inclinó sobre él.

—Kip, está muerto —exclamó.

—Ven —llamó él, a la vez que echaba a correr.

Se preguntó dónde podrían estar Sparkles y «La Gorda». De pronto, vio al primero correr desesperadamente hacia el cronomóvil.

La ametralladora del tanque le persiguió con encono. Parecía que «El Caimán» iba a alcanzar el refugio de la nave, pero las balas fueron más rápidas y le destrozaron la espalda, arrojándole al suelo, convulso y ensangrentado. Sparkles empezó a gritar lastimeramente, pero su voz se apagó muy pronto.

Leavitt meneó la cabeza.

—Habrá muerto maldiciendo la hora en que se le ocurrió viajar al

siglo XX —murmuró.

Ellie May estaba acurrucada en un rincón, presa de un ataque de histeria. Pronunciaba frases ininteligibles y parecía completamente ajena a todo lo que sucedía a su alrededor.

Transcurrieron unos minutos. El chirrido de las orugas era cada vez más intenso. Ahora, Leavitt y Jenny podían ver claramente a la cautiva, sujeta al cañón, debatiéndose desesperadamente.

—Es una chiquilla… —se asombró Jenny.

Leavitt apretó los labios.

—Esos bastardos merecerían mil muertes —masculló.

El blindado estaba cada vez más cerca. Antes de un minuto, sus ocupantes habrían dominado la situación por completo.

Entonces sucedió lo inesperado.

Warrenhold apareció por el otro lado de unos edificios, corriendo hacia la retaguardia del blindado. Leavitt, atónito, vio que el muchacho se había descalzado las botas.

El único armamento, apreció, era un cuchillo de combate, que llevaba en su funda. Warrenhold alcanzó el tanque por detrás, saltó a la plataforma del motor y luego trepó a la torreta. Los pies desnudos evitaban el ruido que podrían haber percibido los tripulantes del blindado.

Tendido sobre la torreta, se arrastró un poco y alargó las manos hacia abajo. La chica escorzó la cabeza, para dirigirle una mirada de súplica.

Warrenhold sonrió, a la vez que se ponía el índice en los labios. Sacó el cuchillo y cortó las ligaduras. Luego agarró los brazos de la joven y tiró hacia sí.

Segundos después, saltaban al suelo y echaban a correr. Antes de ganar la próxima esquina, Warrenhold se volvió y agitó una mano, señalando al tanque.

Leavitt asintió. Rodilla en tierra, tomó puntería.

El tanque estaba a unos sesenta metros. El sirviente de la ametralladora disparó una larga ráfaga. Leavitt se mantuvo firme, con la figura del monstruo de acero en el visor de puntería.

La granada partió aullando. A tan corta distancia, era imposible errar el tiro.

Hubo una pequeña explosión. De súbito, el tanque se abrió en una colosal llamarada. La torreta saltó por los aires, impulsada por aquel volcán de fuego, cuyo estampido sacudió la llanura fragorosamente.

Luego, los restos del tanque quedaron envueltos en el combustible incendiado y los cuerpos de sus tripulantes se hicieron visibles

Leavitt se incorporó, dejando caer el tubo. Warrenhold y la muchacha se les acercaron, dando un rodeo para evitar el calor que se desprendía del tanque en llamas.

—Buen tiro, Kip —elogió el cabo.

Leavitt sonrió. Warrenhold añadió:

—Os presento a Lily Stephen —añadió—. Hubo un tiempo, en que trabajaba en uno de los clubs nocturnos de Meener.

Jenny se percató de las condiciones en que se hallaba la muchacha y se acercó a ella, pasándole un brazo por los hombros.

—Ven, Lily —dijo con acento persuasivo—. Ya no hay peligro alguno, pero creo que necesitas tomar algo que te reconforte.

Leavitt apreció que el muchacho se sentía enormemente orgulloso de su hazaña.

—Te has portado como un hombre, Sandy —dijo.

—Meener y su cuadrilla han dejado de preocuparnos ya —contestó Warrenhold—. Sí, es cierto; las cosas han cambiado totalmente —añadió.

Miró a su alrededor y sonrió.

—Hace tiempo que conocía a Lily, pero nunca me atreví a decirle nada. Creo que, a partir de ahora, todo será diferente.

—Todo será diferente, en efecto, Sandy —convino Leavitt.

CAPÍTULO XII

—Bueno —dijo Leavitt al día siguiente—, todo está dispuesto para la partida. Volvemos bastantes menos que los que emprendimos el viaje… aunque ignoramos si podremos rematarlo con felicidad.

—Llegaremos, Kip —aseguró Jenny.

—Lo deseo tanto como tú, «Duquesa».

Ellie May llegó, arrastrando los pies, completamente desmoralizada. La piel de la cara le colgaba fláccidamente. Ya no había brillo en sus pupilas.

—Entra —indicó Leavitt.

Warrenhold y Lily se acercaron, con las manos juntas. Jenny los contempló con simpatía.

—Van a iniciar una nueva vida. Tendrán dificultades, pero sabrán superarlas —vaticinó.

—Nos gustaría marchar con vosotros, pero tenemos que quedarnos —dijo Warrenhold segundos después.

—Sí, centinela de Pompeya —sonrió Leavitt.

Las mujeres se abrazaron. Leavitt tendió la mano al muchacho.

—Deséanos un buen viaje al siglo XXIII, Sandy.

—Con todo mi corazón, Kip —respondió Warrenhold.

—Warrenhold, Warrenhold… —repitió Jenny—. Mira que no acordarme de qué me suena tu nombre… En fin, quizá algún día logre saber qué me dice el nombre de una persona tantos años más joven que yo.

—Seguro que lo adivinarás, Jenny —rio el muchacho.

De repente, se oyó el ruido de un motor. Todos volvieron la cabeza. Un helicóptero del ejército volaba hacia aquel lugar.

—Parece que viene algún jefazo —exclamó Warrenhold—. Voy a

recibirlo. Adiós, Kip; adiós, Jenny.

—Adiós, adiós… —contestaron los viajeros del siglo XXÍII.

El helicóptero tomó tierra. Un hombre de uniforme, con insignias de coronel, saltó inmediatamente. Warrenhold le saludó rígidamente.

—Señor, soy el cabo Warrenhold, comandante interino del Décimo Escuadrón de Misiles Intercontinentales. Aunque con algunos desperfectos, la base se encuentra en buenas condiciones. Todos los demás huyeron y sólo yo quedé para vigilar lo que me había sido confiado por el gobierno.

El recién llegado paseó la vista por los alrededores.

—Soy el coronel Hastings, enviado especial del gobierno —declaró—. El presidente se salvó y ha dispuesto que se proceda a la reconstrucción del país. La base será reconvertida, como núcleo de una población civil. Tenemos mucho trabajo por delante, cabo.

—Sí, señor.

Hastings miró a la muchacha.

—¿Quién es, cabo?

—La señorita Stephen, señor. Vino a refugiarse y yo, como jefe de la base, me permití acogerla…

—Veo señales de lucha. Alguien quiso atacarles, me imagino.

—Sí, merodeadores que pretendían robar para su propio provecho. Tuvimos que defendernos, señor.

—Celebro su buen espíritu, cabo. Oiga, ¿qué es aquel huevo de metal que hay allí? —se asombró Hastings.

Warrenhold volvió la cabeza y sonrió.

—Es la nave de unos amigos —contestó—. Me ayudaron eficazmente en la defensa del campamento, señor.

—¿Se marchan?

—Sí, señor.

—Es una nave muy extraña. No había visto nada igual hasta ahora —declaró el coronel.

Warrenhold dudó un momento, pero prefirió callar. Hastings no le creería.

—Ellos viven muy lejos de aquí, señor —contestó.

—Está bien, cabo; vamos a inspeccionar la base. Luego tomaremos decisiones…

En la escotilla de la nave, Leavitt sonrió, a la vez que agitaba una mano. Warrenhold y Lily contestaron de la misma forma.

Leavitt cerró. Jenny salió a su encuentro.

—Ven —dijo.

El joven la siguió. Al llegar a la sala, contempló un espectáculo sorprendente.

El suelo estaba lleno de joyas. Ellie May, sentada, jugaba con las piedras preciosas, a la vez que canturreaba monótonamente una vieja melodía.

—Ha perdido el juicio —bisbiseó Jenny.

Leavitt meneó la cabeza.

—Para ella, no ha sido un viaje afortunado —contestó—. Bien, vamos a ver si podemos levantar el vuelo.

* * *

Pero el aparato, llegado el momento, permaneció inmóvil.

—¿Qué pasa? —exclamó Jenny angustiada.

Leavitt frunció el ceño.

—Todos los instrumentos dan indicaciones correctas… ¡No! —gritó de pronto.

—¿Kip? —dijo ella, con la respiración en suspenso.

Leavitt se puso en pie.

—Una situación hasta cierto punto clásica —dijo—. Exceso de peso.

—¿Es posible?

—Como lo oyes. Tenemos que dejar la nave convertida en una cáscara vacía. Si mis cálculos son correctos, sólo podemos quedarnos con los generadores de aire, unos litros de agua y un par de galletas.

—Bien, no perdamos más tiempo. Echaremos por la borda todo lo que estorbe.

Ellie May no les ayudó en absoluto. Un par de horas más tarde, la nave había sido aligerada de todo peso superfluo, pero, aun así, se negaba obstinadamente a despegar.

—Nunca creí que un aparato tan perfecto pudiera fallar por causa del peso —se asombró Jenny.

—Sucede una cosa. Yo repuse el combustible, pero lo hice a ojo, sin tener la menor idea de cuánto podíamos necesitar. A fin de cuentas, no soy un experto —respondió Leavitt.

—¿Significa eso que tendrás que tomar más combustible del misil?

Leavitt manejó la computadora de a bordo.

—Sobran unos cuarenta kilos —dijo.

—No sé de dónde los vamos a sacar… Ni siquiera quitándonos las ropas…

El joven meditó unos instantes. De pronto, se levantó y echó a andar hacia la sala.

Las joyas estaban todavía allí. Ellie May no aparecía por ninguna parte. Leavitt la encontró en su camarote, completamente dormida, abrazada a una botella vacía.

Regresó a la sala y señaló el rutilante montón de joyas.

—Trajeron dos sacos y dijeron que había unos veinte kilos en cada uno —dijo.

Jenny asintió.

—Comprendo, Kip. ¡Fuera lastre!

Unos minutos después, la nave despegaba ya sin dificultades. Leavitt emitió un hondo suspiro.

—La solución, dentro de tres días y cuarto —dijo.

—Este viaje de vuelta me parecerá interminable —suspiró la muchacha.

—Pero tendrá su fin… aunque viajemos por un camino que no lo tiene. El tiempo es infinito, es un camino sin fin y los hombres no conocerán nunca su término —filosofó Leavitt.

Luego abrazó cariñosamente a la muchacha.

—Pero nosotros seguiremos otro camino muy distinto, si te parece —añadió.

—¿Hablas en serio, Kip? —se conmovió Jenny.

—«Duquesa», no bromeo.

Ella hundió el rostro en el pecho del joven.

—Mereció la pena viajar por este camino sin fin.

—Sí, pienso lo mismo.

* * *

La nave tocó tierra en el mismo sitio donde había despegado. Jenny fue la primera en saltar fuera y, tras arrodillarse, besó el suelo.

—Que no me hablen más de viajes por el tiempo —exclamó—. Quiero quedarme en mi época, para siempre…

Leavitt sonrió.

—¿Quién quiere ya viajar a otra época? —dijo.

Ellie May desembarcó, con algunos kilos menos y los ojos llenos de fuego.

—Especie de bastardos… Millones, habíamos conseguido millones y vosotros, estúpidos, arrojasteis una verdadera fortuna…

—¿Hubieras preferido quedarte en el siglo XX? —preguntó Leavitt.

«La Gorda» le dirigió una mirada colérica. Lanzó un grueso taco y se alejó con paso muy vivo. Cuando salió del jardín, Leavitt y Jenny sabían que no volverían a verla jamás.

De pronto, aparecieron dos personas.

—¡Sobrino! —exclamó Barclay.

—Hola, tío —saludó el joven—. ¿Conoces a Jenny Parker? Vamos a casarnos, ¿sabes?

Barclay se acercó a la nave.

—Funciona, parece.

—Sí, tío.

Hubo un momento de silencio. Luego, Barclay se volvió hacia la hermosa mujer que aguardaba a unos pasos de distancia.

—Elizabeth, ¿te atreverías a hacer un viaje por el tiempo? —consultó.

La señora Barclay sonrió.

—Cariño, deja eso por el momento —rogó—. Estoy viendo a dos jóvenes que, sin duda, tienen muchas cosas que contarnos. De su relato dependerá que… te permita o no usar ese trasto.

—Sí, querida, como tú digas —contestó Barclay.

Leavitt ocultó una sonrisa.

—Es una excelente respuesta, tía Elizabeth —dijo.

Barclay se asomó un instante al interior de la nave y retrocedió en el acto.

—¡Cielos, qué devastación!

—Gracias a ello pudimos regresar —contestó el joven—. Pero estamos un poco cansados…

—Y hambrientos —añadió Jenny—. En más de tres días, apenas si hemos comido un par de galletas.

—Venid —dijo Elizabeth—, os prepararé una buena comida. Luego nos contaréis… Seguro que tenéis muchas cosas que contarnos, ¿no es cierto?

—Seguro, tía —sonrió Leavitt.

* * *

Dormía apaciblemente cuando, de pronto, le despertó un grito sofocado de su esposa. Leavitt se sentó sobresaltado en la cama y alargó la mano hacia el interruptor de la luz.

—¡Jenny! ¿Qué sucede? ¿Llega ya?

La joven se echó a reír. En pie, junto a la cama, se acarició el vientre, apenas curvado.

—Aún faltan cinco meses largos —contestó—. No, no es eso… Acabo de recordar…

Salió del dormitorio y volvió a los pocos momentos, con un libro muy viejo en las manos. Luego se sentó al lado de su marido.

—Mi pasado no es que sea un ejemplo de virtudes, pero supe conservar la Biblia de la familia. Perteneció a los Parker desde hace casi doscientos años.

—Interesante —comentó él—. Sigue, cariño.

Jenny abrió la Biblia por las primeras páginas.

—Aquí están anotados todos los nombres de mis antepasados —dijo —. El tatarabuelo Amos Parker, que fue el que la empezó, hizo investigaciones sobre su árbol genealógico. El primer miembro de la familia, de quien se tiene noticia, es un tal Peter Sandley Barrenkold. Por eso decía yo que el nombre de Warrenhold me resultaba conocido.

—Hay una diferencia de dos letras, Jenny —observó Leavitt.

—Sí, y eso era lo que me confundía, Pero mira esta anotación: Peter Sandley Barrenkold, casado con Lilian Stephen, el veinte de abril de mil novecientos noventa y dos. Ahora bien, como la investigación se hizo ciento veinte años más tarde por el abuelo Amos, resulta comprensible el error en el apellido. Sandy viene de Sandley, ¿comprendes?

Leavitt asintió.

—Lily es abreviatura de Lilian…

—Exactamente, querido.

—A pesar de todo, Warrenhold o Barrenkold no se parecen mucho a Parker —dijo el joven.

—El nieto de Sandy tuvo sólo una hija, que se casó con Tobías Parker. Ahí desapareció el apellido Warrenhold, Kip.

Leavitt sonrió.

—Bueno, el enigma está aclarado.

Jenny cerró el libro y lo apretó contra su pecho.

—Es maravilloso haber conocido en persona a un antepasado que vivió hace tantos años —murmuró—. Si Sandy lo hubiera sabido…

Leavitt la atrajo hacia sí.

—Sandy y Lily y tú y yo seguimos caminos distintos, por una misma ruta, sin embargo. Nos encontramos en el pasado y volvimos a separarnos. Pero un día volveremos a reunirnos.

—Sí, nos reuniremos —contestó ella, muy conmovida—. Cuando nuestro camino toque a su fin…

—Todavía está muy lejos. —Leavitt tocó el vientre de su esposa—. Y aquí hay uno que está dando ya los primeros pasos de su camino.

FIN